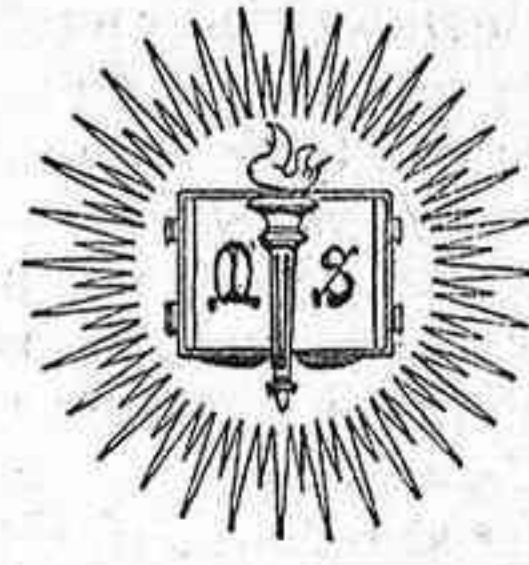


# La Ilustración Artística



# Artística

Año XXI

← BARCELONA 8 DE DICIEMBRE DE 1902 →

Núm. 1.093



LA MUJER DEL PESCADOR, cuadro de Félix Mestre (Salón Parés)



## SUMARIO

**Texto.** - *Crónica de teatros*, por Zeda. - *El aneurisma*, por Juan B. Enseñat. - *República Argentina. Buenos Aires. Fiesta de la legación chilena el día del cambio de las actas originales de los nuevos tratados, en Santiago de Chile*, por Justo Solsona. - *Carmen Bonaplata de Bau*, por Ll. - *La hija del dolor*, por Juan Téllez y López. - *Monumento á la señora viuda de Epalza*, por G. Martínez Sierra. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *Via libre*, novela ilustrada (conclusión). - *Federico Alfredo Krupp*, por R. - Libros enviados á esta Redacción.

**Grabados.** - *La mujer del pescador*, cuadro de Félix Mes- tres. - Dibujo de Mas y Fontdevila que ilustra el artículo titulado *El aneurisma.* - *República Argentina. Buenos Aires. La legación chilena.* - *El presidente de la República Argentina brindando por la paz sud-americana.* - *Monumento erigido en Bilbao á la memoria de la señora viuda de Epalza*, obra de Agustín Querol. - *Carmen Bonaplata de Bau.* - *Busto de Beethoven*, escultura de Max Lange. - *¡Huérfanos!*, cuadro de Hermán Kaulbach. - *La muerte del cazador furtivo*, cuadro de W. Simmler. - *Emilio Cossira.* - *Estatua de Balaac*, obra de Falguiere. - *Federico Alfredo Krupp.* - *La hulda á Egipto*, cuadro de Willy Spatz.

## CRÓNICA DE TEATROS

Según ya antigua costumbre, el mes de noviembre ha empezado en los teatros de Madrid con los desafueros, vociferaciones y desplantes de D. Juan Tenorio. Recorrer los cementerios y asistir, por lo menos, á una de las representaciones del célebre drama, son deberes que cumplen religiosamente todos los vecinos de esta villa y corte. Y no es extraño. El tipo del valentón pendenciero, atropellador de la justicia, burlador de mujeres, derrochador y vicioso, es todavía el bello ideal de una gran parte de nuestro pueblo. Los salones y las tabernas tienen sus Tenorios, que varían en la forma puramente externa, pero que son idénticos en el fondo. Por esta razón el drama de Zorrilla es la obra teatral más popular de España. No quiere esto decir que el tipo del seductor sin conciencia no se dé en otras zonas y otros climas. No; D. Juan Tenorio, aunque creado aquí por Tirso de Molina y aunque bajo nuestro cielo haya alcanzado su mayor desarrollo social, es planta que en todas partes ha arraigado. Ahí están para no dejarme mentir el D. Juan de Moliere, el de Byron, el Marana (*sic*) de Dumas y no sé cuántos otros.

A la serie *donjuanesca* puede añadirse el marqués de Priola, protagonista de la comedia del mismo título escrita por Lavedan y dada á conocer al público madrileño por la compañía Bartet-Le Bargy que acaba de visitarnos. Es el tal marqués un D. Juan harto degenerado y venido á menos. Con decir que para conquistar á sus víctimas empieza por enseñarles vistas pornográficas... Y si el carácter de Priola es repulsivo y sin ninguno de los rasgos de grandeza que en los Tenorios españoles templan ó atenúan la maldad del personaje, el resto de la comedia no se halla á más altura. La acción, además de tener escenas y frases de una procacidad repugnante, se desarrolla y sostiene con los recursos más gastados del melodrama vulgar. Esto no obstante, el público que asistió á la representación de *El marqués de Priola* era de lo más empingorotado y linajudo de Madrid, y aplaudió la obra de Lavedan con un entusiasmo digno de mejor causa.

Lo que sí merece incondicional aplauso es el arte exquisito con que la Bartet representa sus papeles. Sin que esta actriz merezca ser considerada como *estrella*, y sin que aquí la hayamos visto llegar á la suprema expresión de esos momentos del arte que Schlegel consideraba como instantes decisivos de la humanidad, es lo cierto que en lo que pudiéramos llamar tono medio de la representación teatral, que es el que corresponde á la comedia, pocas actrices modernas la igualan. En cuanto á Le Bargy, aunque actor muy notable, no le creo de la misma talla artística que su compañera en la casa de Moliere. Más artificioso que la Bartet, abusando á veces de *la pose*... y de los chalecos, el *sociétaire* de la Comedia francesa deja no poco que desear, considerado, por supuesto, en la categoría de comediante extraordinario.

*Electra*, drama mediocre desde el punto de vista artístico, pero que gracias á circunstancias de orden político proporcionó á su autor, el ilustre novelista Galdós, un ruidoso triunfo, ha traído, en poco tiempo, numerosas imitaciones, entre las cuales se halla *Aurora*, obra simbólica escrita por Joaquín Dicenta. Según el mismo autor nos explica, su objeto es «unir las aspiraciones inteligentes de los de arriba con las aspiraciones suplicantes de los de abajo.» Los primeros están representados por Manuel, investigador apasionado de la verdad científica y partidario ardiente de la emancipación de las clases inferiores; los otros por Aurora, criada de servicio que simboliza la *aurora* de la nueva sociedad. El sabio

y la criada, antiguos amantes, se encuentran casualmente, después de larga ausencia, en la casa de la prometida de aquél, y así ésta como sus parientes y amigos, burgueses de mala ralea, que traicionan al sabio y maltratan á la pobre chica, acaban por ser insultados y humillados por Manuel y su ex amante, los cuales, despreciando absurdos prejuicios, se van por esos mundos de Dios «á hacer nueva humanidad.»

El drama, aunque no carece, de cuando en cuando, de rasgos que dan testimonio de la fuerza dramática del autor de *Juan José*, es artificioso y ende- rezado todo él, más que á expresar belleza artística, á obtener á todo trance los aplausos de la galería.

La obra de Dicenta, á pesar de su tendencia, tan á propósito para halagar á las muchedumbres, no ha llegado á interesar al público, ni siquiera á aquella parte para la cual ha sido escrito el drama.

Más afortunados han sido los hermanos Quintero con su comedia titulada *La dicha ajena*. Los dos jóvenes escritores poseen en alto grado el don feliz de copiar la realidad, ó mejor dicho, lo externo de la realidad, con prodigiosa exactitud. Pocos autores españoles modernos, quizás ninguno, los igualan en el arte de retratar tipos, de pintar costumbres y de mostrar el lado cómico de la vida vulgar. Sus comedias, en este sentido, recuerdan las de Bretón de los Herreros. Pero los dos aplaudidos hermanos no se contentan con esto; aspiran á más, y con noble empeño tratan de escribir comedias de ideas, envolviendo éstas en la amena forma de que hablo más arriba.

*La dicha ajena* ha sido una tentativa muy estimable hecha en esta dirección. El pensamiento capital de la obra tiene cierto parecido con el de *Un enemigo del pueblo*: es la lucha entre el individuo y «la mayoría compacta;» la oposición que la envidia individual y la indiferencia y malicia colectivas hacen siempre á la realización de un noble proyecto. Y aquí está el tendón de Aquiles de la aplaudida comedia de los hermanos Quintero. Los obstáculos que se oponen á la construcción en Guadalema del Asilo de niños, proyectado por uno de los personajes principales de la obra, son insignificantes y no pueden descorazonar á un luchador enérgico, como parece que quiere ser el creador de aquella institución benéfica.

En la obra de Ibsen citada, el doctor Stokman- viejo ya y tras una vida de rudos afanes, se ve, á causa de sus nobles ideas beneficiosas para su pueblo, escarnecido, silbado, apedreado por los mismos á quienes él trata de favorecer. Pero ¿qué angustias ni qué disgusto grave han de producir en un alma bien templada las pobres maniobras de la gente desocupada de Guadalema? Por esta razón la tesis de *La dicha ajena* nos interesa poco.

Mas aunque esto sea así, en cambio, ¡qué suma de vida y de savia artística circula por toda la comedia! Aquellos socios del casino de Guadalema nada tienen que envidiar á los del «casino de Veturista,» una de las páginas mejores, si no la mejor, que escribió *Clarín* en su *Regenta*. Y no se arguya que en el hermoso cuadro hay tipos grotescos. Pues qué, ¿en la vida no abunda esa clase de tipos que nos hacen pensar en no sé qué caprichos caricatu- rescos del Ser Supremo? ¿Quién no conoce entes como el *acaparador* de periódicos, el señorito memo que consagra su existencia á coleccionar pipas, el bilioso maldiciente y todos los demás que los hermanos Quintero han arrancado de la realidad para llevarlos á la escena?

Los autores de *La dicha ajena* manejan el diálogo con rara habilidad y el chiste con admirable gracejo: tienen el buen gusto de huir del tono declamatorio, y si alguna vez la frase parece que se encum- bra y que va á irse por los cerros de la oratoria por donde casi todos nuestros autores dramáticos suelen extraviarse, pronto y merced á un rasgo de ingenio descendiendo, con regocijo del público, á la llaneza familiar.

Echegaray, cualquiera que sea el asunto que lleve al teatro, por manoseado que esté, por insignificante que á primera vista parezca, logra embellecerlo y levantarlo de tal modo, que nos parece original y grande. Esta originalidad y grandeza provienen de la manera de concebir, de sentir y de pensar del gran dramaturgo. El argumento de *Malas herencias*, estrenado noches pasadas en el Español, es en substancia el mismo de *Romeo y Julieta*, tan llevado y traído hasta por los autores de género chico. Esto no obstante, Echegaray ha hecho con él un drama interesante y nutrido de altas y nobles ideas.

Víctor y Blanca se aman con amor honrado y entrañable: son buenos, sanos, apasionados; el porvenir les sonrío. De repente, una nube empaña el cielo de su felicidad. Blanca, que es hija natural, acaba

de ser reconocida por su padre moribundo: el her- mano de ella se presenta inopinadamente y se opone al matrimonio de Blanca con Víctor. ¿Por qué? Por- que los padres de los dos amantes han sido encarni- zados enemigos; porque entre ambos hay «un abismo de lágrimas y de deshonra.» Ni el tío de Víctor, que hace respecto de éste las veces de segundo padre, transigiría con que el hijo de su hermano se case con la hija de Ibarrola (el padre de Blanca), ni el hermano de la joven accedería á que su hermana se case con Víctor. Ambos amantes protestan, como es consiguiente, contra la ley social que les hace pagar deudas ajenas. Y con tal motivo Echegaray por boca de Víctor expone con briosa elocuencia una teoría completamente opuesta á la preconizada por el *Exodo*, que, como es sabido, hace recaer las faltas de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación.

El conflicto dramático, presentado en el primer acto en la forma que queda expuesta, se acentúa y exacerba en el segundo. El hermano de Blanca, re- suelto á impedir á todo trance el enlace proyectado, quiere llevarse á su hermana de Madrid. Ella resis- te; Víctor la defiende contra la tiranía del tenaz her- mano; el tío de aquél se enfurece, y el acto acaba haciendo comprender al espectador que es inevitable el choque entre Víctor y Roberto, el hermano de Blanca... Y más inevitable nos parece cuando al comenzar el acto tercero sabemos que Roberto ha abofeteado á Víctor. El duelo está concertado; la fatalidad va á triunfar, y muerto ó vencedor el aman- te de Blanca, su enlace con la hermana de Roberto ha de ser imposible. Pero la enamorada joven no se resigna á perder su felicidad: corre á casa de Víctor, y con apasionado acento y con lágrimas en los ojos logra arrancar á su rendido enamorado la promesa de que renunciará á batirse con Roberto.

Víctor mantiene la palabra que ha dado á su no- via: cuando los padrinos vienen á buscarle para ir al terreno, les manifiesta su propósito de no batirse. Su tío ocupa su puesto, sin que al pronto Víctor se entere de la substitución; mas cuando traen á aquél moribundo ó mal herido, el joven corre al lugar del encuentro, se bate con el hermano de Blanca, hié- rele de muerte, y al volver al lado de su amada, ésta, sobreponiendo á todos los prejuicios sociales los fueros de su amor, se arroja en los brazos de su prometido esposo.

Como se ve por lo que someramente queda indi- cado, Echegaray en su nuevo drama se revuelve contra la ley de la fatalidad y contra la no menos dura de la herencia. Víctor y Blanca no sucumben como Romeo y Julieta, víctimas de los odios de su raza. Su amor y su fuerza de voluntad triunfan de las fatalidades del pasado... Justo es reconocer que el obstáculo que separa á Blanca de Víctor es más aparente que real... Quizás el tal obstáculo hubiera podido destruirse con un pliego de papel sellado dirigido al juez de paz. Esto en el orden legal; que en el orden afectivo, ¿qué respeto ni consideración había de tener Blanca á la memoria de un padre que la ha abandonado y que sólo en el momento de morir la ha reconocido? La paternidad es sagrada cuando va seguida de amor, abnegación y sacrificio; cuando no, lejos de merecer respeto el padre, mere- ce á lo más lo que Segismundo dice al suyo:

Y así agradéceme á mí  
que yo no cobre de tí,  
pues eres tú mi deudor.

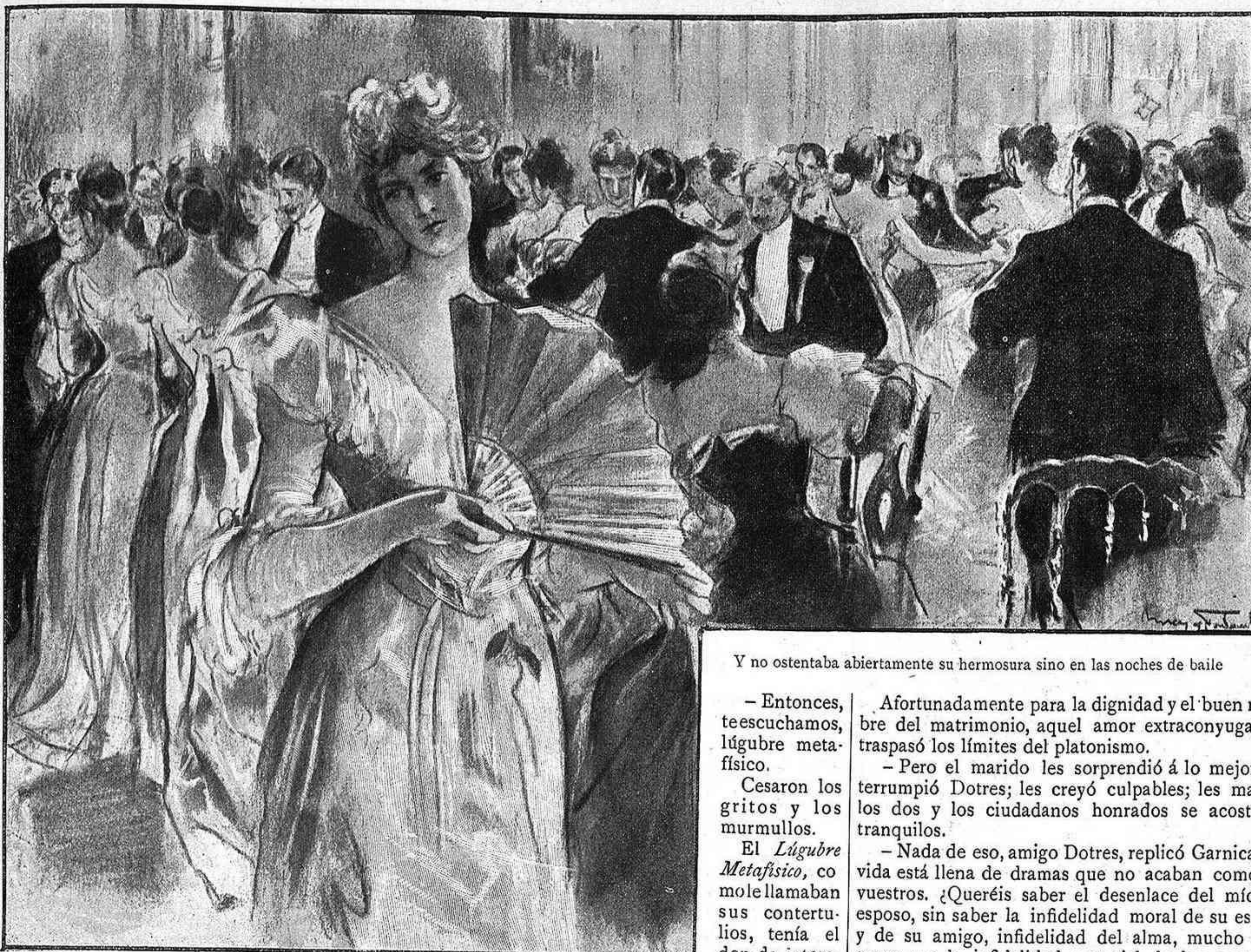
Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Echegaray esta vez, como tantas otras, ha sabido interesar y conmover hondamente á su auditorio...; y créanme ustedes, no es cosa tan fácil hinchar un perro.

El mes de noviembre ha sido fecundísimo en es- trenos. La falta de espacio me obliga á enumerar tan sólo las obras que, además de las citadas, se han re- presentado por primera vez en los teatros de Madrid. A primeros de mes se puso en escena una zarzuela que la claqué aplaudió y el público dejó pasar sin grandes protestas, titulada *Miguel Andrés*, letra de Pascual Millán, música de Brull. En Novedades fué muy aplaudido un drama, *La flor del almendro*, ori- ginal del distinguido crítico D. Arturo Perera. Re- presentóse también el melodrama francés *Rocambolo*. En Apolo ha sido un verdadero éxito *El puñao de rosas*, letra de Arniches y música de Chapí, y el Có- mico ha refrescado su cartel con *Los granujas*, de Arniches, Jackson y Valverde. *Cuadros vivos*, estre- nado en la Zarzuela, á pesar del lujo con que la pre- sentó la empresa, fué rechazada desde las primeras escenas.

Pedir más estrenos fuera pedir gollerías.

ZEDA.





Y no ostentaba abiertamente su hermosura sino en las noches de baile

EL ANEURISMA

- Yo creo, decía Garnica, que toda falta lleva en sí misma su castigo, como en el pecado se lleva la penitencia; creo que nadie escapa á las consecuencias del mal que causa á sus semejantes, y que rige el mundo moral una gran ley inclemente, que viene á ser un producto, un resultado matemático. El orden trastornado se venga. Lo que llamáis casualidad ó coincidencia no es más que el choque de dos elementos puestos durante más ó menos tiempo en presencia uno de otro en la naturaleza.

- ¡U!, exclamó Dotres. Eso necesita explicación. Enciende tu linterna.

- Creo, continuó Garnica, que si el hombre es á veces el instrumento que castiga, después de las deliberaciones públicas de los *Señores del Tribunal*, es casi siempre el castigador de miserables cuyos crímenes ignora. Un ser que martiriza á otro ser, es á su vez, tarde ó temprano, víctima de alguien, y...

- ¿Por ejemplo?

- ¡Sí, venga un ejemplo!

- ¡Ejemplo al canto!

Exclamaron los tertulianos de la cervecería en que Garnica llevaba la batuta, dejando vagar una indefinible sonrisa en medio del humo de su cigarro.

Sin abandonar su imperturbable calma, éste continuó:

- Creo...

- ¡Ya no están de moda las profesiones de fel, interrumpió Dotres.

- ¡Basta de Credos!, exclamaron varios tertulios. Garnica, sin inmutarse, prosiguió:

- Creo en un castigo más directo, más inmediato, que emana inesperadamente de los hechos mismos, de las circunstancias que han rodeado el crimen y del medio en que éste se ha cometido.

- ¿Crees también divertirnos con tus metafísicas?, vociferó Dotres. Voy á impedirte el uso de la palabra, apelando al sistema del obstruccionismo.

- ¡Que hable Dotres!, gritaron en tono burlón algunos parroquianos de la cervecería.

- Un discurso de Dotres, añadió Garnica, no haría más que corroborar lo que acabo de decir. Mi castigo no se hubiera hecho esperar.

- Vamos á ver, preguntó un poeta melencólico que dejaba flotar su talento por encima del mugriento cuello de su levita, ¿era un exordio?

- Sí, contestó Garnica.

tumbrado auditorio de *guasones*; y se le perdonaban los exordios, como se tolera á los actores de fama ciertos defectos que valarían una silba á los pobres comparsas.

Una vez entrado en materia, comunicaba tal intensidad de vida á sus relatos, que cautivaba á todo el mundo, así por el interés del asunto como por la emoción sostenida con que lo explanaba.

No faltaba quien afirmase que Garnica era á veces el protagonista de las historias que contaba y que había llevado una accidentada vida de bohemio afortunado en amores.

- Julia Mendoza, refirió Garnica, era una mujercita anémica. Su palidez y su clorosis exhalaban efluvios apasionantes de misticismo. Era rubia y vaporosa como una alemana de Goethe, y poseía además el atractivo de esas madrileñas enloquecedoras que no dibujan una sonrisa, ni aun siquiera en presencia de personas indiferentes, sin darle un excesivo valor de vagas promesas. Exquisita naturaleza de sensitiva, se arrebuja en su pudor bajo las ardientes miradas de los amigos de su esposo, y no ostentaba abiertamente su hermosura, de ordinario incierta, sino en las noches de baile, en medio de millares de luces reflejadas en bronce, mármoles y cristales y en medio del brillo de los diamantes de las demás mujeres.

Julia era coqueta; pero la cantidad mensual que le entregaba su marido para el sostenimiento de la casa, no daba bastante para excesos de lujo.

Leonardo Igual, su marido, se complacía, sin embargo, en dejarse arrancar mensualmente un crédito suplementario, que excedía, á veces, al del presupuesto corriente.

Otros hubieran pagado mucho más caro el amor de Julia, si ésta hubiese querido.

Pero Julia no quería, al decir de todo el mundo.

Leonardo Igual no recibía más que á un amigo, Carlos Oltra, amigo íntimo, amigo como hay pocos - afortunadamente.

Porque Oltra se había apoderado del corazón de Julia, que le llamaba su querido poeta, pues Carlos había empleado el ritmo y el consonante como principales medios de seducción.

Y como Oltra no estaba mejor organizado para la poesía que Julia para hacer feliz á un hombre honrado y serio, el literato no comprendido y la romántica clorótica concluyeron por amarse en secreto.

- Entonces, te escuchamos, lúgubre metafísico.

Cesaron los gritos y los murmullos.

El *Lúgubre Metafísico*, como molellamaban sus contertulios, tenía el don de interesar á su acos-

Afortunadamente para la dignidad y el buen nombre del matrimonio, aquel amor extraconyugal no traspasó los límites del platonismo.

- Pero el marido les sorprendió á lo mejor, interrumpió Dotres; les creyó culpables; les mató á los dos y los ciudadanos honrados se acostaron tranquilos.

- Nada de eso, amigo Dotres, replicó Garnica. La vida está llena de dramas que no acaban como los vuestros. ¿Queréis saber el desenlace del mío? El esposo, sin saber la infidelidad moral de su esposa y de su amigo, infidelidad del alma, mucho más grave que la infidelidad material de los sentidos, hizo morir á los dos culpables.

Todo el mundo se miró con estupor.

- ¿De remordimiento?, preguntó un tertuliano.

- ¿Voluntariamente?, dijo otro.

- No acertáis, contestó Garnica.

- ¿Un nuevo amigo, indignado, venga al esposo?

- Tampoco.

- Si se trata de descifrar un enigma, propongo que se sirvan unas copas de coñac.

- Leonardo Igual, continuó el narrador, era un expansivo, un hombre leal, de gran corazón, que ponía en sus afectos todo el ardor y toda la franqueza de su probidad. Se casó enamorado de Julia, y después del matrimonio, su amor aumentó en vez de disminuir. A veces se sentía con el corazón demasiado pequeño para contener su inmensa ternura. Aquel grande amor, aquel afecto sin límites, aquellos nobles sentimientos engañados, se vengaron por sí mismos, siendo la causa del castigo... Leonardo Igual no se vengó, ni le vengó nadie, y sin embargo quedó vengado.

- Supongo que no morirían de accidente, interrumpió un joven partidario de la novela psicológica. Yo no admito accidentes como desenlaces.

- Cerca le anda usted, joven, exclamó Garnica irónico. Pero hay accidentes que en nada se parecen á los que usted recorta de las gacetillas para *documentarse*.

Julia Mendoza padecía una enfermedad que no le permitía entregarse á emociones violentas.

Cuando Carlos Oltra se retrasaba en sus habituales visitas, Julia tenía que comprimir con ambas manos las violentas palpitaciones de su corazón. La inquietud, la duda y la impaciencia la mataban lentamente. El toque del timbre de la puerta de entrada precipitaba la violencia de los sobresaltos de aquel corazón enfermo. Dejábese caer en un sillón, y Oltra la encontraba á veces tan mórbidamente pálida, que le preguntaba temblando:

- ¿Qué tienes?.. ¿Estás mala?

- En cuanto llegas, todos mis males desaparecen.

La verdad es que ella ignoraba el mal que la consumía, poniendo en peligro su existencia. El médico le había ocultado su diagnóstico. La prescripción facultativa se limitaba á lo siguiente: reposo, tranquilidad de espíritu, una vida sin emociones, comida de convaleciente. Con semejante régimen, podía vivir noventa años.

De ahí dedujo ella que no tenía enfermedad nin-



guna, y continuó su vida misteriosamente apasionada, que ponía en febril actividad su cerebro y su corazón.

Leonardo conocía el mal de Julia. El médico le había dado pocas esperanzas.

De pronto á su tristeza se unió un pesar inmenso. Leonardo perdió toda su fortuna en una especulación desdichada.

¿Cómo enterar á Julia?

Una fuerte emoción podía causarle la muerte.



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - La legación chilena el día del cambio de las actas originales de los nuevos tratados, en Santiago de Chile.

La ruina era tan completa, que después de la vida acomodada iban á llegar la miseria y el hambre.

¿Qué hacer?

El marido tomó la resolución de marcharse á América, donde tenía amigos que podían ayudarle á rehacer su fortuna.

Pero no podía llevarse á su mujer, cuya salud era más precaria de lo que se figuraba ella misma.

Lo mejor era ausentarse de Madrid con cualquier pretexto; escribir á Carlos, suplicándole que subviniere durante un año á las necesidades de la vida de Julia, sin que ésta sospechase la verdad; que la preparase á la idea de una separación más ó menos larga, calmando sus temores y su natural desesperación. Por ningún concepto había que anunciarle bruscamente resolución tan grave.

Concebido el plan, Leonardo lo puso en práctica.

A la mañana siguiente despidióse de su esposa, diciéndole que marchaba á Santander para un negocio importante, sin fijar el día de su regreso.

Dejó para Carlos una carta en que le explicaba su conducta, sus propósitos y lo que esperaba de su amistad.

El mismo día, cuando Oltra se presentó, á la hora de costumbre, en casa de sus amigos, Julia le anunció con júbilo:

- ¡Tenemos, al menos, ocho días de libertad!

Era una radiante mañana de invierno.

Abrieron el balcón y el claro ambiente les embriagó como una promesa de tiempo primaveral.

- Iremos á dar largos paseos por el campo, dijo ella.

- Bien sabes que no eres libre, Julia, y que nunca podremos amarnos á la faz del mundo.

- ¡Señorito Carlos!, gritó una voz en la antesala.

Oltra dió algunos pasos hacia la puerta.

- Esta carta para usted, añadió el ayuda de cámara de Leonardo.

Carlos tomó la carta, la abrió y la leyó rápidamente mientras el criado se alejaba.

- ¡Al fin, exclamó de pronto en una explosión de júbilo, al fin eres mía! Se ha marchado á América.

Julia le escuchaba sin comprenderle.

- ¿Qué quieres decir?... ¿Quién se ha marchado á América?

Poco á poco la sangre se retiraba de su rostro.

- ¡Tu marido!, contestó Carlos.

- ¡Leonardo! ¿Y por qué?

- Está arruinado... ¿Comprendes?

- No; no comprendo, dijo ella en voz débil, levantándose con la mano puesta sobre el corazón.

- Pues es muy sencillo. Te confía á mí.

- Entonces tú me vas á mantener...

- Para que vivas feliz.

- ¡Vivir!.. ¡Vivir feliz!.., murmuró ella con voz doliente; y sin una convulsión, cayó inerte á los pies de su amigo.

Carlos levantó el cuerpo de Julia, que se dobló en sus brazos.

Colocó el cadáver en un sofá, cogió un revólver, ciñó el talle de su amiga con el brazo izquierdo, apoyó su cabeza en la de la muerta y sin vacilar se levantó la tapa de los sesos.

Un estremecimiento corrió por el auditorio.

Garnica añadió:

- Carlos no había leído la posdata en que Leonardo le revelaba la gravedad del aneurisma que padecía su mujer.

- ¿Y el marido?, preguntó Dotres.

- Murió al llegar á América.

Entonces el poeta melencólico añadió sentenciosamente con sus ribetes de ironía:

- Creo que toda falta lleva en sí misma su castigo... Creo que el orden trastornado se venga...

- ¡Silencio! ¡Fuera!, vociferaron los demás tertulios.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

#### REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

FIESTA EN LA LEGACIÓN CHILENA EL DÍA DEL CAMBIO DE LAS ACTAS ORIGINALES DE LOS NUEVOS TRATADOS, EN SANTIAGO DE CHILE

Por ahora parece la tormenta desvanecida por completo entre ambas repúblicas sud-americanas y desaparecidos del todo los peligros de una próxima contienda armada entre argentinos y chilenos. La más completa inteligencia reina entre los dos gobiernos y diremos que también entre los dos pueblos.

Los comisionados del ejército y armada argentinos que á bordo del acorazado *San Martín* fueron á Chile para verificar el



FIESTA DE LA LEGACIÓN DE CHILE. - El presidente de la República Argentina, teniente general D. Julio A. Roca, brindando por la paz sud-americana (de fotografías remitidas por D. Justo Solsona)

canje de las actas originales, han sido por espacio de más de un mes huéspedes obsequiados y festejados hasta el exceso en fiestas de todo género y demostraciones afectuosas en todas las clases sociales, de tal modo, que á su regreso no han tenido más que palabras de elogio de la cultura y entusiasmo del pueblo chileno en cuantos puntos han visitado, así militares como civiles, lo mismo marítimos que terrestres.

El mismo día que Chile celebraba su fiesta nacional fué el señalado para la ceremonia del cambio de las mencionadas actas, y el ministro plenipotenciario de Chile residente en Buenos Aires Sr. Concha, á quien en buena parte se deben las preliminares negociaciones, dió una magnífica fiesta en su espléndida mansión de la Avenida República. Por la tarde hubo recepción y por la noche un gran banquete, al que asistieron el presidente D. Julio A. Roca, ministros y cuerpo diplomático. En los brindis, el general Roca hizo las más fervientes manifestaciones de paz inalterable y del más fraternal afecto entre los dos pueblos, para procurar ambos, de consuno, el engrandecimiento por medio del trabajo y de un económico régimen administrativo.

Mucho nos place tal resultado, y ojalá que perduren en ese camino los dos pueblos; y que Chile arregle sus asuntos con Bolivia y Perú de un modo justo





MONUMENTO ERIGIDO EN BILBAO Á LA MEMORIA DE LA Sra. Vda. DE EPALZA  
obra de Agustín Querol



y equitativo, á fin de que el horizonte de toda esta parte de América tenga la transparencia de la atmósfera pura y el color de los sueños de amor, para un porvenir feliz y dichoso.

Ahora sólo falta, creyendo en todas esas bellezas, que la política interior de esas naciones haga que los pueblos respectivos puedan desenvolverse con desembarazo, trabajar, engrandecerse y enriquecerse libremente, cobijados por las alas de la perenne paz y de la administración correcta.

Buenos Aires, octubre 1902.

JUSTO SOLSONA.

### CARMEN BONAPLATA DE BAU

A la celebrada artista Carmen Bonaplata confióse en 1892, casi en los comienzos de su carrera, la interpretación de la obra del maestro Franchetti *Cristoforo Colombo*, al ponerse por primera vez en escena en el teatro de la *Scala* de Milán. Nadie, pues, más indicado que nuestra ilustre compatriota para dar forma á las concepciones del poeta y del compositor. Los plácemes y felicitaciones del autor, así como los aplausos que el público la tributa en el Gran Teatro del Liceo, demuestran el acierto con que la artista llenó su difícil cometido, y los timbres adquiridos bastarían por sí solos para cimentar su reputación si en las producciones de su extenso repertorio no hubiese atestiguado evidentemente su valía y sus indiscutibles merecimientos.

Hija de un actor distinguido, parece como si hubiese heredado las cualidades artísticas que hicieron estimable el nombre de Bonaplata, adaptándolas á la escena lírica y engalanándolas con los oyeles de su voz agradable y la distinción de su escuela.

Difícil sería condensar en poco espacio cuanto representa la vida artística de Carmen Bonaplata, breve todavía por su duración, pero copiosa en resultados. Bastará decir que desde 1890 en que alcanzó extraordinario éxito con la interpretación de *Aida* en el teatro Dal Verme de Milán, se han sucedido sus triunfos sin interrupción, y que su nombre lleva consigo un lisonjero concepto para todos aquellos que al arte lírico dedican su atención.

Por nuestra parte la felicitamos cordialmente y deseamos continúe la senda emprendida, sirviendo estos renglones como testimonio de la consideración que nos merece la inteligente artista y la dama á quien sus triunfos no han modificado las estimables cualidades que la enaltecen. — LL.

### LA HIJA DEL DOLOR

Pocos poetas habrán tenido la suerte de alcanzar una popularidad tan grande como la que Casto Sonseca adquirió en un año escaso. Raros eran los certámenes en que no ganaba un premio de importancia, los periódicos y las revistas literarias se disputaban sus composiciones, sus libros se vendían como pan bendito y hasta al extranjero llegó su fama envidiable que crecía cada vez más, eclipsando reputaciones cimentadas y convenciendo á los críticos más biliosos de la república literaria. Y lo cierto era que si la fortuna sonreía á Sonseca, bien justa había sido en esta ocasión: sus poesías eran verdaderas filigranas, joyas del arte, rayos de sol; parecía que en los puntos de su pluma vibraban armonías sublimes, desconocidas, arrancadas á alguna cítara

celestial en cuyas notas había algo de divino: parecía que los múltiples colores del iris se convertían en sonidos al pasar por su alma, y él los hacía llegar al papel transformados en bellas composiciones que evocaban la grandeza de los cielos haciendo olvidar la prosa de la vida...

Y sin embargo, Casto era desgraciado, muy desgraciado: todos le comprendían, menos *aquella* por quien hacía todo, á quien dedicaba desde el fondo de su alma sus poesías... La llamaba su musa, y ella, Blanquita, ni siquiera había fijado su atención en él: le demostraba una gran simpatía y hasta cariño á veces, pero no sospechaba siquiera aquel culto idólatrico de que era objeto por parte del poeta que nunca había averturado una declaración porque ella era rica, y él, aunque ganaba bastante, no disponía del capital suficiente para que alguien no dijese lo

al papel, salían de su boca en palabras, tiernas, suaves, melodiosas, que volvían loca á Blanquita, y que eran para ella sola, no para el público, para ese monstruo de mil cabezas que creía pagarle las más preciadas fibras de su alma con un puñado de dinero...

Pero un día, leyendo un periódico, sintió una punzada del monstruo, que le hizo mucho daño: le llamaban el «malogrado» poeta, que había roto la lira cuando más se podía esperar de él. Al principio rió á carcajadas; pero estuvo todo el día triste y preocupado, y aquella espina se le clavó en el corazón.

Otro día, un crítico de tres al cuarto que poco antes no se cansaba de quemar incienso en honor suyo, le calificaba de «*flor de un día*» y se mofaba de él. Después se hizo el silencio á su alrededor y nadie volvió á acordarse de que tal poeta hubiese habido en el mundo. Y lo más triste era que, primero en broma, después en serio y más tarde con desesperación, Sonseca pasaba el día emborronando cuartillas con versos que recordaban la primorosa factura de otros tiempos, pero en que no había inspiración. Sus poesías eran buenas en la forma, pero en el fondo eran pobrísimas, sin una idea grande, sin un rasgo sublime, sin nada de aquellos tiempos de gloria y de fama... Se paseaba por la noche en el jardín con su mujercita adorada, tomaba café hasta embriagarse, preparaba papel y pluma, encendía un habano y... nada. Hacía versos, pero nada más: la poesía había huido de él para siempre... La llevaba dentro, muy dentro, pero no sabía expresarla...

Amaneció para nuestro héroe un día nefasto y desgraciado, de esos que no debieran amanecer nunca... Su Blanca, la musa de otros tiempos, la esposa actual que tan dichoso había sabido hacerle, estaba un poquito enferma. Por lo menos él quería hacerse la ilusión de que lo estaba poco...

Desgraciadamente el médico no fué de la opinión de Casto: *aquello* que Blanca había cogido al salir del Real y que á Sonseca le parecía ó quería parecerle un catarro ligero, resultó una pulmonía con todas las de la ley.

La fiebre era altísima y el delirio tremendo: la gravedad aumentaba cada día, cada hora, cada momento, y Sonseca, pasando del optimismo exagerado al más negro pesimismo, *vió* en seguida que su adorada se moría... A su lado constantemente, pudo convencerse de que Blanca no era dichosa: en las horas de delirio, cuando la fiebre quemaba su delicado cuerpo, ella se incorporaba y decía siempre lo mismo:

— Casto..., no escribas..., ¡no!..., ¡no!..., ¡no!... Ya no eres poeta..., tu musa, la que era tu musa, no te inspira ya... No busques otra..., que me muero sin tu cariño..., ¡que te adoro!...

Y Sonseca se desesperaba, se retorció las manos pensando en que había hecho desgraciada á ella, á la virgencita de sus amores, queriendo á toda costa escribir como antes, provocar violentamente una inspiración que ya no tenía... Y si Blanca moría, ¡qué vacío tan grande, tan inmenso, tan horrible! Y ¡qué remordimiento! ¿Qué le importaba á él, qué podía importarle la fama y la gloria de otros tiempos al lado de la felicidad que le proporcionaba su amor satisfecho? ¿No hubiera cambiado todo aquello, en los tiempos que tanto se hablaba de él, por una mirada, por una sola mirada de su musa?

Hubo junta de médicos y todos estuvieron de acuerdo: el estado de la enferma era gravísimo, desesperado... ¡Sólo un milagro la podía salvar! Los



CARMEN BONAPLATA DE BAU, soprano del Gran Teatro del Liceo

que más temía Casto: que pensaba vivir á costa de ella... Y cuando en el jardín de Blanquita, á la luz de la luna y entre efluvios de flores, charlaban de todo con una frivolidad encantadora, sentía subirse el corazón á los labios y sufría horriblemente: luego se iba á su casa, y allí, sin testigos, llorando, expresaba en el papel sus penas, sus amores, en aquellas poesías que le habían valido tanta gloria...

Y de pronto, inopinadamente, sin que nadie se lo explicara, la firma de Sonseca dejó de verse en periódicos y revistas. Un tío de Casto, uno de esos tíos inverosímiles que algunas veces existen en la realidad y más frecuentemente en las novelas, murió en el extranjero, dejando al poeta todo su capital, una fortuna considerable en dinero, fincas y papel del Estado. Aquello fué visto y no visto: recibir la noticia, declararse á su adorada, obtener el «*ansiado sí de sus labios*,» hacer los preparativos de la boda y casarse con Blanquita, todo fué uno.

La felicidad de Sonseca fué infinita: aquella dicha soñada tantas veces, entrevista al través de los celajes de su inspiración poética, se volvió tangible, real, positiva... Ella era la hada de sus amores, la musa ideal que él imaginara en sus románticos delirios, pero con todas las ternuras y los *realismos* de que sabe rodear la mujer propia al hombre amado..., y aquellos raudales de poesía que antes fiaba



padres de la joven se instalaron á la cabecera... Vino toda la familia, y á Casto le pareció que aquello significaba que le quitaban su joya por no haber sabido conservarla... Quedó anonadado, yerto, loco de pena: se sentó en un sillón y allí esperó la catástrofe...

Vino el Viático: Blanquita recibió los Sacramentos con fervor inmenso: el sacerdote declaró que era un ángel que á su muerte, si moría, las puertas del cielo se abrirían de par en par para recibirla...

Hubo un momento de terrible angustia, de pena infinita, en que alguien dijo que todo había concluido: Casto se acercó al lecho, y delirante, en un supremo alarido de amor, besó á Blanca en la boca como queriendo infundirla el alma que se la escapaba... Después salió de la habitación y corrió á su despacho, cogió una pistola y se dispuso á levantarse la tapa de los sesos...

Y entonces vió claro: en aquel momento terrible, supremo, su inspiración, aquella inspiración que había perdido, volvía en raudales infinitos llenos de pasión: era que su musa, la musa de sus amores, desaparecía de sus brazos: sus versos de otro tiempo no eran sino la expresión de su deseo, los gritos de su alma, de su amor... Poseída la musa, no había que llamarla: ahora que la perdía, era poeta otra vez. Pero en el instante mismo en que iba á matarse, alguien le detuvo por un brazo y una voz que le pareció del cielo le dijo:

— ¿Qué ibas á hacer? Blanca está viva y... te llama...

Blanca no ha muerto. Casto es cada día más feliz, y el amor de los esposos ha llegado á un grado infinito. Sonseca ha renunciado para siempre y con mucho gusto á la poesía: cuando alguien le recuerda su gloria de otros tiempos, su inspiración fecunda, su fama, dice:

— ¡No! No quiero tenerla. ¡Que Dios no me la devuelva jamás!.. Soy muy feliz, y la poesía es incompatible con la dicha. Es la hija del dolor...

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

MONUMENTO

Á LA SEÑORA VIUDA DE EPALZA  
OBRA DE AGUSTÍN QUEROL

(Véase la lámina de la pág. 797)

Uno de los últimos monumentos modelados por el autor ilustre de *La Tradición*, es el que la ciudad de Bilbao dedica á honrar la memoria de su bienhechora, la señora viuda de Epalza.

Como todas las obras de igual índole de Agustín Querol, este monumento tiene no poco de poema, y es su característica la íntima trabazón que el escultor artista al imaginarle ha establecido entre el elemento real y el ideal, fundiéndolos en acabadísima composición como rimas gemelas.

Decorando el pedestal, obra de lineamiento severo y majestuoso, va el Ángel de la Caridad, que sostenido por el de la Fe, llega en socorro de los menesterosos. Esta es la parte *espiritual* de la composición; las figuras de los ángeles, alargadas, aiosas, apenas modeladas, parecen envueltas en los misteriosos limbos de un sueño de poeta; los ropajes se pliegan artísticamente sobre formas que apenas lo son; la materia en ellas se espiritualiza alcanzando el mayor grado posible de idealismo.

El grupo de menesterosos es, por el contrario, de

un realismo punzante. Un niño desnudo se cuelga al pecho exhausto de una infeliz, buscando en él la vida que ya no puede hallar. Otros van caminando lentamente, arrastrando la carga de su vida miserable.

mos que Querol haya tenido en cuenta para implantarla, aparte del espíritu peculiar de la composición artística — que tal vez en este caso así lo reclame, — el deseo de suprimir el ridículo que el paso del tiempo y el cambio de modas imprimen á las figuras vestidas á la moderna usanza, no siempre en concordancia con las leyes eternas de la estética.

Nada cabe decir que sea nuevo respecto al mérito de este busto. Los bustos son compendio, suma y clave de los méritos de Querol: son, pudiéramos decir, los sonetos de su métrica escultórica; poemas breves, pero asiento de la mayor perfección. Díganlo los hermosísimos de Tulia, San Francisco y tantos otros.

El de la señora viuda de Epalza tiene por condición sobresaliente la dulzura de expresión. Arreboles de caridad bañan el rostro de la noble dama, y la compasión, el más hermoso de los sentimientos humanos, parece fluir de sus labios entreabiertos y del apacible mirar de sus ojos.

La composición total es acabadísima. Posee en alto grado la condición que á falta de término apropiado que desconozco llamaré *ubicuidad estética* en la perspectiva. Es ésta cualidad en que principalmente se reconocen los monumentos de Querol: componen bien desde cualquier parte que se les mire.

Otra nota, también característica de la escultura del insigne autor de *Tulia*, es el acierto con que emplea las alas como elemento decorativo. Aquí las de los ángeles, no sólo desempeñan papel principalísimo en el conjunto de la obra, sino que parecen ser personificación de su espíritu. Vistas de lejos, surgiendo de la masa general, parece como si el monumento fuese á elevarse, llevado por ellas, á no sé qué alturas ideales, á un tiempo con exaltación suprema y con suprema y serena majestad.

Es extraño que distintas cuerdas puedan vibrar con intensidad igual dentro de un mismo temperamento de artista, llegando como Agustín Querol á poder expresar en su mayor fuerza los sentimientos varoniles, mientras acierta á realizar la expresión de los más dulces y serenos con no menor fortuna. Asombra que la misma mano que modeló el brioso monumento á Bolognesi, glorificación del heroísmo guerrero de todo un pueblo fuerte, haya sido capaz de dar forma al apacible monumento con que Bilbao quiere enaltecer y perpetuar el recuerdo de un alma femenina cuyo heroísmo fué la compasión.

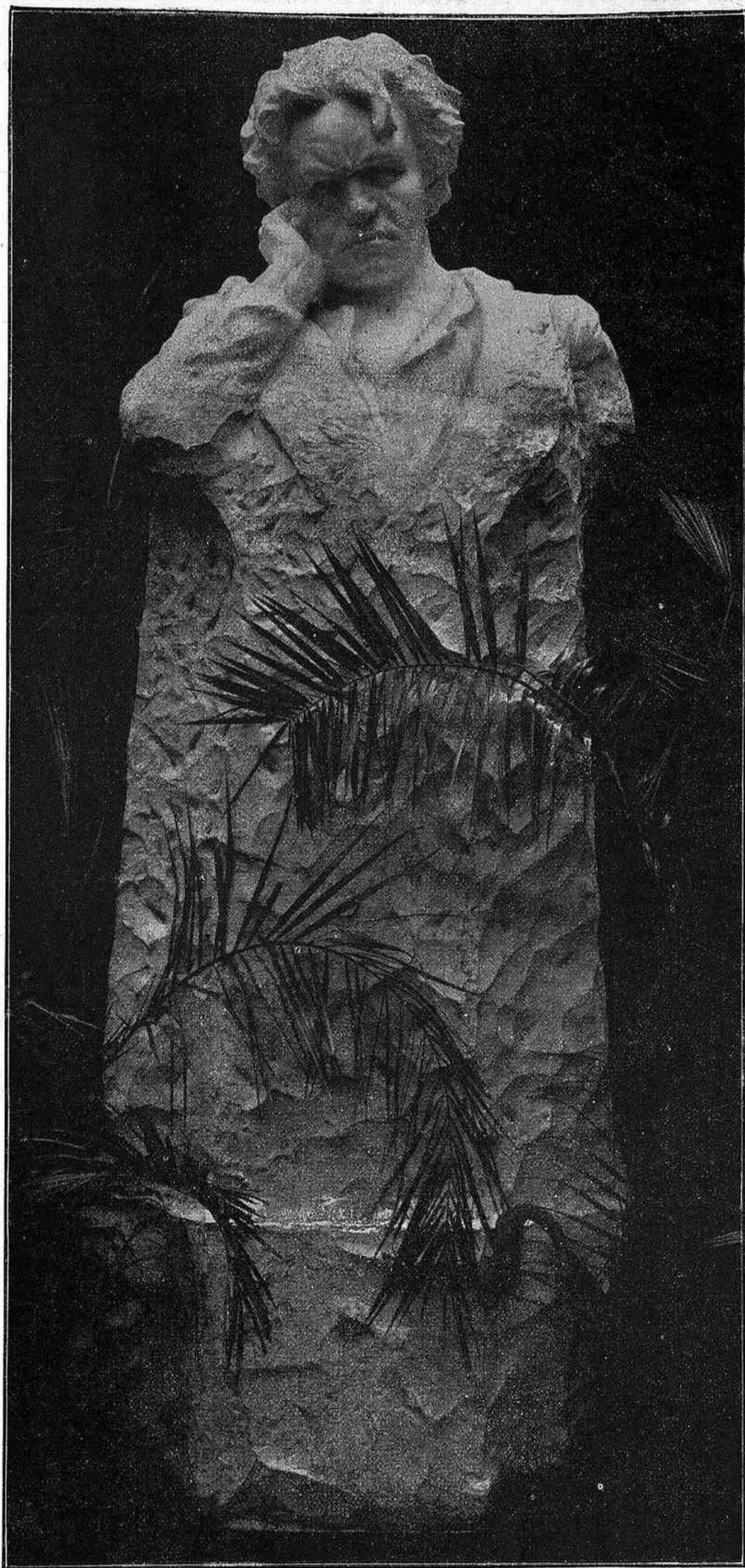
Maravillas son éstas patrimonio del genio cuyas manos sólo aciertan á moverse impulsadas por el corazón.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

NUESTROS GRABADOS

Busto de Beethoven, escultura de Max Lange. — Si difícil es para un artista imprimir en un busto-retrato los rasgos no sólo fisonómicos sino morales de la persona retratada, la dificultad sube de punto cuando ha de modelar la efigie de un personaje que asombró al mundo con la fuerza de su genio y á cuya memoria rinden fervoroso culto las generaciones que le han sucedido. Por esto cuando un escultor logra aquel resultado de un modo tan completo como lo ha conseguido el alemán Max Lange en el busto de Beethoven que reproducimos, no cabe dudar de que el autor merece figurar entre los primeros en su especialidad artística.

La mujer del pescador, cuadro de Félix Mes- tres. — Resultado de su estancia en las Baleares es el bonito



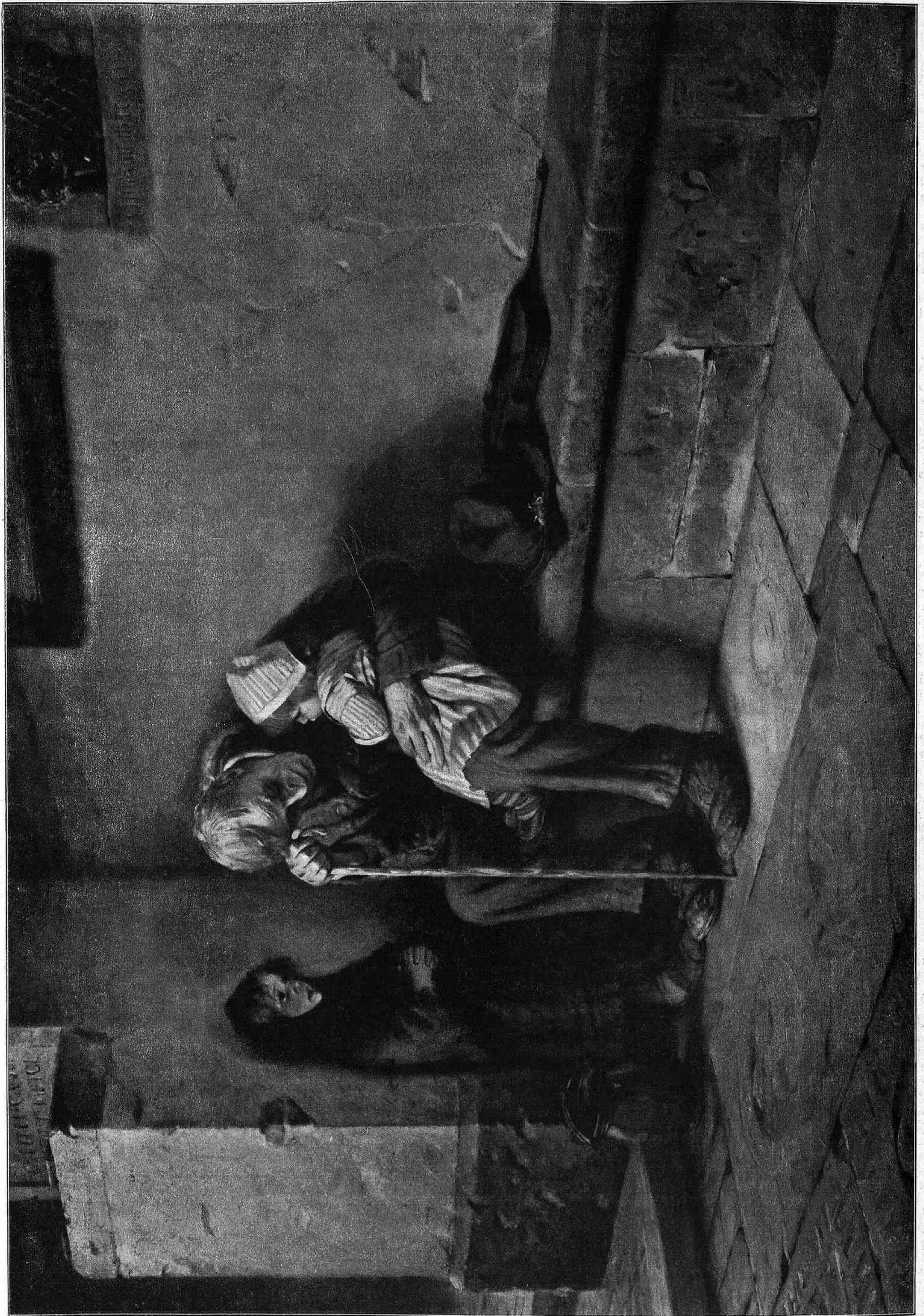
BUSTO DE BEETHOVEN, escultura de Max Lange

El autor se ha inspirado para modelar estas figuras en las tremendas realidades del dolor: entre sus manos sabias la piedra se ha hecho carne dolorida, y sufre. Todo el mundo sabe cómo el autor de *San Francisco* acierta á encarnar en la materia inerte los sufrimientos del cuerpo y del alma; todo el mundo sabe también cómo hasta de las horribles profundidades del reino del dolor sabe extraer su seguro instinto de artista raudales de belleza.

El pedestal de este monumento es una completa y bellísima obra de arte. Coronale el busto de la señora viuda de Epalza, cobijado por una de las alas del Ángel de la Caridad, que se despliega junto á él formándole una á modo de beatífica aureola.

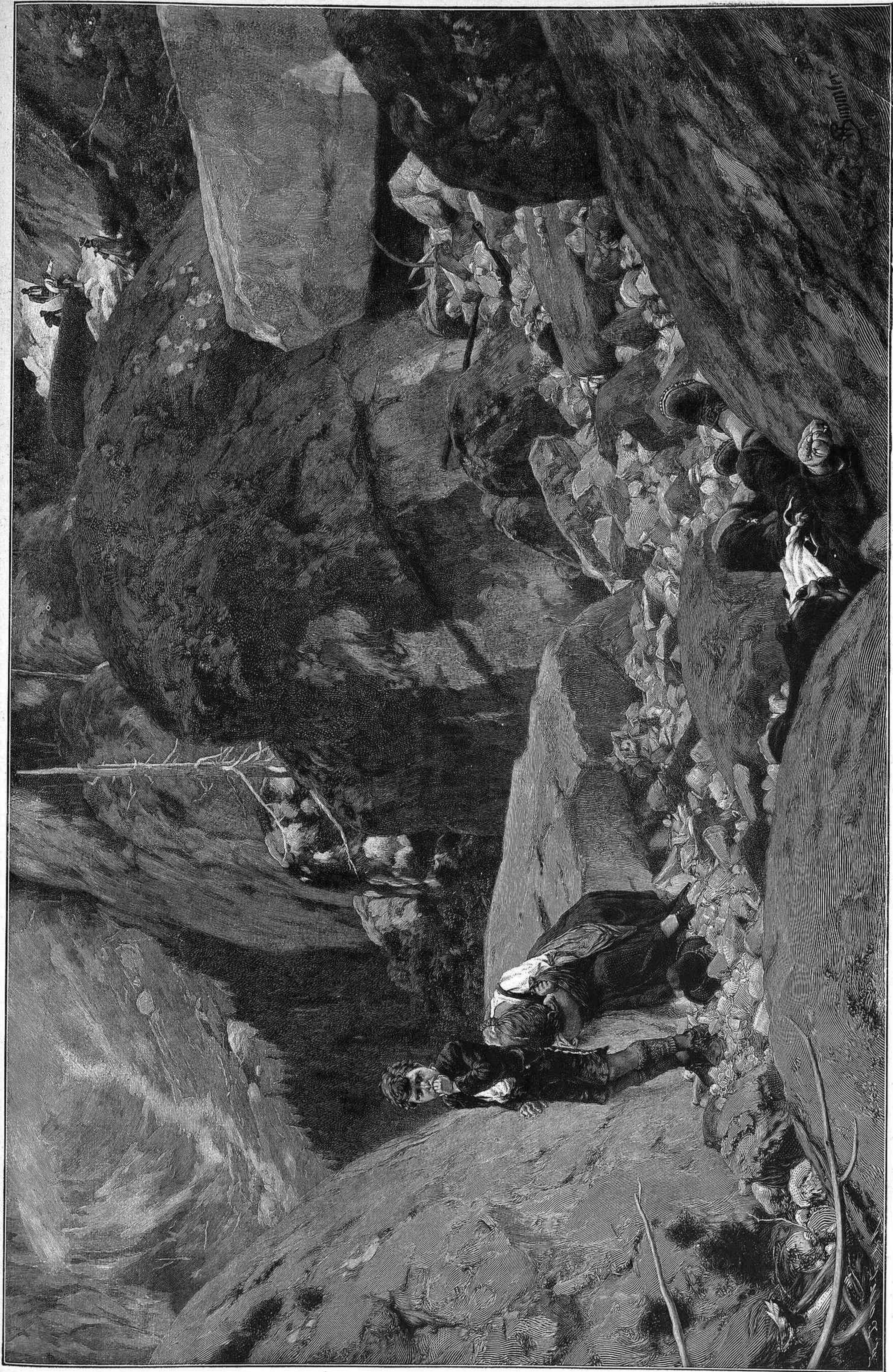
Esto de coronar un monumento de importancia con un busto y no con una estatua, es una novedad que resulta en este caso de excelente efecto, y cree-





¡HUERFANOS!, cuadro de Herman Kaulbach





LA MUERTE DEL CAZADOR FURTIVO, cuadro de W. Simmler (derecho de reproducción de Ricardo Bong).



lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, que cual los que reprodujimos hace algún tiempo, representan estudios estimables de tipos y costumbres de la región mallorquina. En el lienzo á que nos referimos ha procurado el laborioso pintor Sr. Mestres rebasar los límites distintivos del estudio, procurando que la actitud y el medio en que ha colocado la figura de la mujer del pescador balear expresara un concepto, manifestara un sentimiento que aparte del atractivo que pudiera ejercer como producción pictórica, interesara por su situación, logrando cumplidamente su propósito, ya que ha producido un bellissimo cuadro.

**Huérfanos, cuadro de Hermán Kaulbach.** — Es este un lienzo en que la intensidad del sentimiento corre parejas con las excelencias de ejecución: las tres figuras nos impresionan profundamente, y la del anciano, sobre todo, es verdadera imagen del dolor, pero no del dolor que se exterioriza en ruidosas manifestaciones, sino del que se concentra en lo más hondo del alma y silenciosa y lentamente acaba por consumirla y destruirla. El contraste entre el viejo y los niños, unidos por la común desgracia que cada uno de ellos siente de distinto modo, es de bellissimo efecto; la mirada que la mayor de las chiquillas dirige el abatido abuelo constituye una de esas notas que por sí solas bastan para calificar de notable una obra pictórica, y el tono general del cuadro, esa sombra de tristeza que sobre toda la composición se extiende, la sobriedad y casi diríamos la absoluta ausencia de detalles que distraigan la atención, son otras tantas bellezas que se aprecian sin esfuerzo alguno.

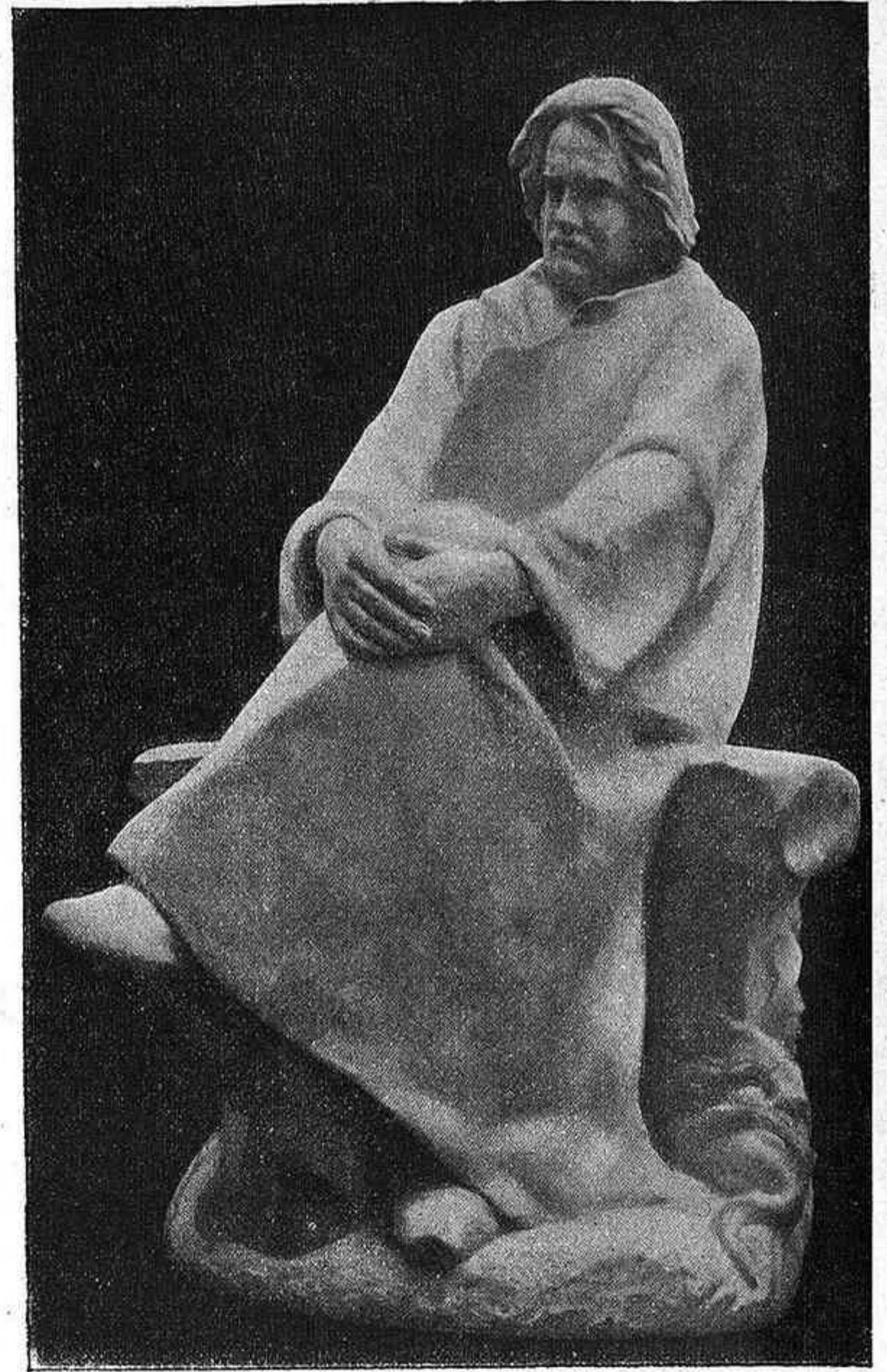
**Emilio Cossira, tenor del Gran Teatro del Liceo.** — Cabe al distinguido tenor Cossira la gloria de haber sabido interpretar el personaje concebido por Wagner al crear su obra *Lohengrin*, rehuendo los convencionalismos que desvirtúan por completo la representación. De ahí que se haya compenetrado con el público inteligente barcelonés y que éste no escasee sus aplausos al que estima y considera como verdadero artista. Era de esperar que así sucediera, puesto que desde su primera presentación en Barcelona, en todos los teatros en donde ha cantado se ha rendido á su mérito el merecido tributo. En París, San Petersburgo, Londres, Milán, Niza y Cairo conservan grato recuerdo de Cossira, y sus nombres significan para el meritisimo tenor una serie continuada de triunfos y ovaciones. Su extenso repertorio demuestra su laboriosidad y la variedad de sus estimables aptitudes, que, como hemos dicho, han podido apreciarse en las recientes representaciones de *Lohengrin*. Su voz bien timbrada y el sentimiento, distinción y colorido de las frases revelan el tempera-

concluir y que terminó uno de sus habituales colaboradores, Marqueste, es una obra notable por la sobriedad con que está modelada, por la naturalidad de la actitud y por la expresión del rostro, que parece animado por la llama del genio. El monumento se levanta en la avenida de Friedland, á pocos pasos de la casa en donde falleció el ilustre novelista y pensador profundo.

**La muerte del cazador furtivo, cuadro de W. Simmler.** — Tiene esta obra grandes cualidades pictóricas é interesa no sólo por el asunto, sino además por la grandiosidad del lugar en que la trágica escena se desarrolla, grandiosidad tanto más admirable cuanto que no tiene nada de teatral, ni ha sido de intento buscada por el autor para hacer gala de sus conocimientos técnicos, sino que nace de la índole misma del pensamiento en que el cuadro está inspirado. El escenario, por decirlo así, corresponde perfectamente al tema, ya que el verdadero cazador furtivo busca para el ejercicio de su arriesgado oficio las fragosidades de los montes, las espesuras de los bosques, los terrenos quebrados, donde pueda hallar seguros escondites y escapar á las persecuciones de la justicia, saltando barrancos para otros infranqueables, trepando por entre peñascos punto menos que inaccesibles, huyendo por ocultos senderos que sólo él conoce. Y allí donde se ha desarrollado su existencia rebelde á toda ley, allí halla casi siempre violenta muerte. Aparte de estas bellezas de forma que tiene el cuadro de Simmler, el grupo que forman la esposa y el hijo del cazador constituye una nota de sentimiento que suaviza la crudeza del resto de la obra.

**La huida á Egipto, cuadro de Willy Spatz.** — Asunto es este que han tratado con predilección los pintores de todas las épocas, presentándolo cada uno de ellos en la forma más en armonía con sus propios sentimientos y con el modo de pensar de los distintos tiempos. El pintor alemán Spatz ha sabido, á pesar de esto, darle cierta novedad, humanizando los personajes, huyendo de todo idealismo, buscando el efecto en la expresión más fiel posible de la realidad, no obstante lo cual respira su obra toda la poesía que han de tener las composiciones que en la historia de la Sagrada Familia se inspiran.

autor de las pinturas que adornan el jardín de invierno del palacio real de Munich y que ejecutó por encargo del rey Luis II.



ESTATUA DE BALZAC, obra de Falguiere que figura en el monumento recientemente inaugurado en París



EMILIO COSSIRA, tenor del Gran Teatro del Liceo

mento del artista, que llega á manifestarse en sus actitudes razonadas y hasta en los pormenores del traje que viste. Bien merece los aplausos que se le tributan, á los que unimos el nuestro y la expresión sincera de nuestra consideración.

**Estatua de Balzac, obra de Falguiere.** — El día 22 de noviembre último inauguróse el monumento que en París se ha erigido á la memoria de Balzac y del cual forma parte la estatua modelada por Falguiere que adjunta reproducimos. En ella se ve al inmortal autor de *La comedia humana* envuelto en la larga bata ó más bien en el hábito de fraile que solía vestir cuando trabajaba, sentado y con las piernas cruzadas. La escultura de Falguiere, que éste á su muerte dejó sin

en un acto y tres cuadros, letra de D. Carlos Arniches y don Ramón Asensio Mas, música del maestro Chapí.

**Necrología.** — Han fallecido: Juan Fehrenberg, notable pintor muniquense. Fernando Knab, pintor decorativo y paisista muniquense,

Las grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la **CREMA SIMÓN**, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsenle las imitaciones.

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.** — ROMA. — El profesor Landi ha vuelto á suscitar la cuestión, ya discutida en otro tiempo, de la exploración del Tíber para la busca de tesoros de la antigüedad, que, en concepto de aquél, deben existir en gran número en el fondo del río. Funda su opinión en que durante mucho tiempo los romanos arrojaron al Tíber multitud de objetos preciosos como sacrificios, ejemplo que siguieron los primeros cristianos con el objeto de destruir y hacer desaparecer los símbolos del paganismo. Además, el citado profesor espera encontrar muchas armas de los soldados que sucumbieron en las frecuentes luchas sostenidas en las orillas y en los puentes del río.

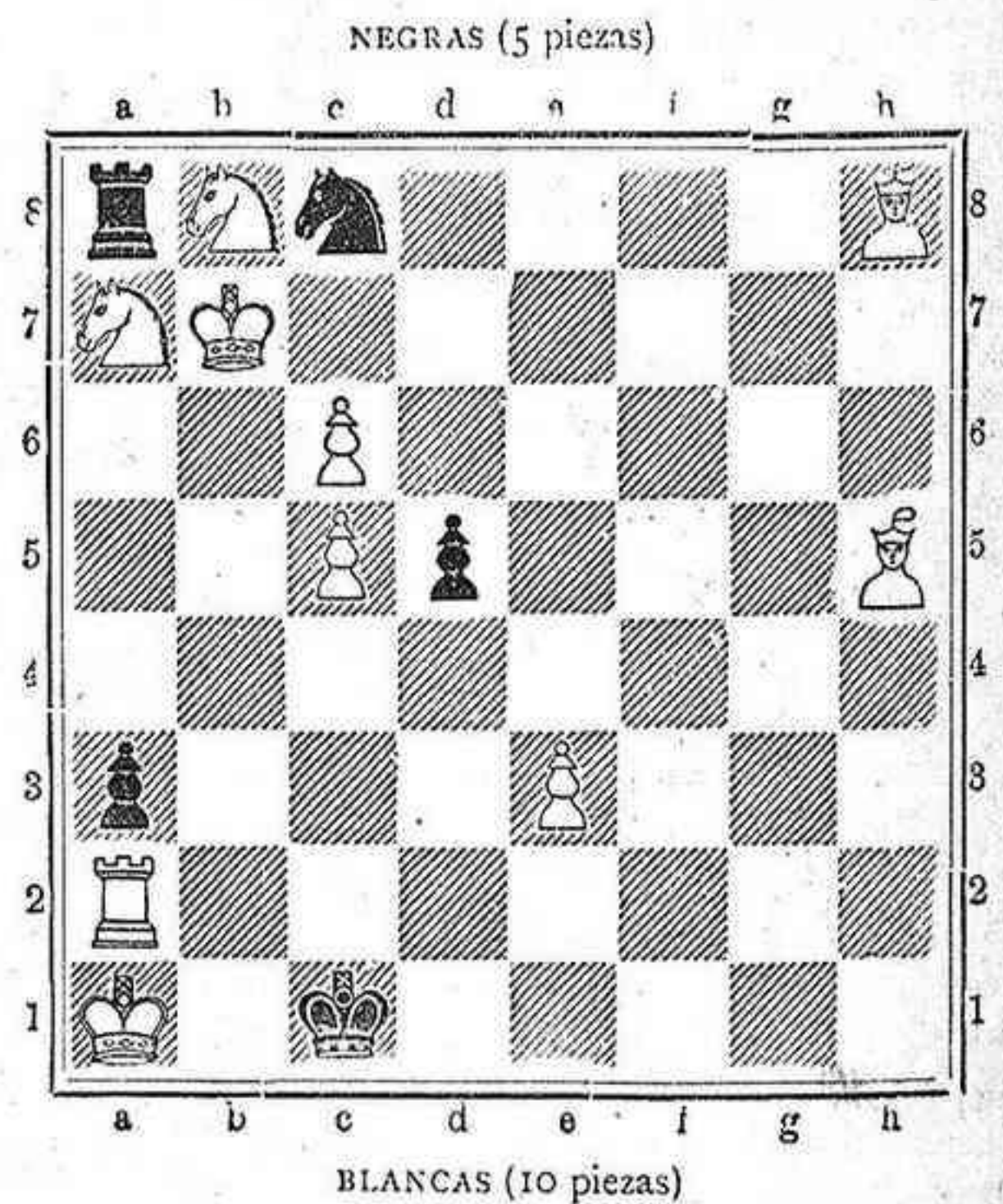
PARÍS. — En breve se inaugurarán el admirable museo de las obras del pintor Gustavo Moreau, legado al Estado por este célebre artista, y el museo Dutuit, instalado en el pequeño palacio.

**Teatros.** — En el teatro Lírico de Milán se ha estrenado con gran aplauso una ópera del maestro F. Cilla titulada *Adriana Lecouvreur*.

— En el teatro Municipal de Estrasburgo se ha puesto en escena con gran éxito la traducción alemana del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, hecha por D. Juan Fastenrath.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L' agencia de 'n Pep Curriño*, gracioso sainete en un acto de D. Ramón Ramón; en el Principal *La dicha ajena*, comedia en un prólogo y tres actos de los hermanos Alvarez Quintero; y en el Eldorado *El puñao de rosas*, zarzuela de costumbres andaluzas

AJEDREZ  
PROBLEMA NÚM. 304, POR R. P. LARSEN.  
Segundo premio del Concurso de «La Stratégie», sección E



Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 303, POR E. PRADIGNAT.

- |                 |                |
|-----------------|----------------|
| Blancas.        | Negras.        |
| 1. Tc3—c3       | 1. Cd1×e3      |
| 2. Ag5—f4 jaque | 2. Ah6×f4      |
| 3. Db5—c5 jaque | 3. b6×c5 mate. |

- VARIANTES.
- 1....Cd1—c3; 2. Cg7×f5jaq., Ac2×f5;  
1....b4—b3; 3. Db5×b4jaq., Tb2×b4mate.  
1....Ac2×a4; 2. Db5—c5jaq., b6×c5jaq.;  
1....Ac2—c4; 3. Rd4—c4jaq., Ac2—d3mate.  
1....b6×a5; 2. Cg7×f5jaq., Db1×f5;  
3. Db5—d5jaq., Df5×d5mate.  
2. Ag5—f4jaq., Ah6×f4;  
3. Db5—e5jaq., Af4×e5mate.  
2. Db5—a6jaq., Cd8—c6jaq.;  
3. Rd4—c4jaq., Ac2—d3mate.  
1....Cd8—c6 ó e6 jaq; 2. Rd4—c4jaq., Cc6óe6—d4;  
1....Cd8—b7; 3. Db5×b4jaq., Tb2×b4mate.  
1....Otra jugada; 2. d7—d8Djaq., Cb7×d8;  
3. Db5×b4jaq., Tb2×b4mate.  
2. Db5×b4jaq., etc.



VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONCLUSIÓN)

Sólo allá abajo, hacia el lado de los laminadores, se veía una luz débil, vacilante, que por instantes se hacía más clara. Oscar miró en aquella dirección, al principio indiferente, después con atención profunda. La luz oscilaba, desaparecía, cambiaba de sitio..., cuando de pronto un relámpago desgarró las tinieblas y surgió repentinamente del suelo una llama, á cuyo resplandor se vió todo aquel lugar envuelto en negras nubes.

Al ver aquello, Wildenrod se estremeció, y precipitándose hacia la casa llamó á la ventana de la habitación del portero gritando:

- ¡Fuego en los talleres! ¡Despertad inmediatamente al amo! Yo me adelanto.

- ¿Fuego en esta noche de tempestad? ¡Dios nos asista!, gritó con espanto aquel á quien tan bruscamente despertaba aquella noticia.

Oscar no esperó la respuesta y echó á correr hacia las minas, donde el incendio era cada vez más visible.

Cuando se trabajaba, había, aun durante la noche, centenares de personas en vela; ahora, en cambio, todo estaba desierto.

Wildenrod, que conocía las minas en todos sus detalles, lo primero que hizo fué despertar al viejo Mertens, quien, desde que habían terminado las obras de Radefeld, ocupaba un puesto en Odensberg. Mertens corrió á tocar la campana de alarma, y en un segundo se reunieron dos docenas de hombres y se oyó inmediatamente la corneta de incendio.

Odensberg tenía los mejores bomberos de las inmediaciones, porque Dernburg había adquirido los más perfeccionados aparatos de extinción y formado entre sus obreros un cuervo de bomberos escogidos y muy experimentados. Pero había pasado el tiempo del orden; los trabajadores estaban en sus casas y nada podía esperarse de ellos.

Dernburg compareció seguido de sus empleados que habitaban cerca de él; cuando oyó el toque de fuego estaba todavía levantado, y sin decir una palabra corrió al lugar del siniestro.

Wildenrod se encontró de pronto delante del hombre que pocas horas antes le concedía aún los derechos de hijo, y se detuvo. Dernburg, á su vez, retrocedió á la vista del barón, á quien creía ya lejos, fugitivo...

Pero no había tiempo que perder y Oscar avanzó resueltamente diciendo:

- He sido el primero en advertir el incendio y ordoné inmediatamente dar la señal de alarma. Según parece, el fuego está en los laminadores.

- ¡Sí, allí es!, exclamó Dernburg, pero no puede haber sido ocasionado por imprudencia, porque hace

más de diez y seis horas que se apagaron los hornos. El incendio ha sido intencionado.

Los allí presentes compartían esta opinión, pero Wildenrod puso término á todas las observaciones.

uniforme de bomberos, acercábase rápidamente con las bombas de incendio. Detrás de aquél, otro pelotón, y luego un tercero y un cuarto. El toque de alarma se oía de todas partes; el valle estaba lleno de gente y de vida, brillaban luces por todos lados, acudían hombres, llegaban máquinas. Todo Odensberg corría á salvar á Odensberg.

Dernburg habíase quedado como petrificado al ver el primer grupo de obreros; pero cuando notó que en pos de aquél venía otro, cuando vió que todos se precipitaban como si se tratara de una cuestión de vida ó muerte, cuando pasaron las bombas al galope por delante de él, henchíosele el pecho de emoción, brillaron sus ojos, y respirando profundamente como si se librara de un peso que hacía tiempo le ahogaba, exclamó:

- ¡Ah, muy bien! Si queréis ayudarme, ¡adelante! ¡Corramos al fuego!

Las llamas habían tomado gran incremento al encontrar en abundancia materias combustibles, y el interior de los laminadores estaba de tal manera invadido por el fuego, que era imposible penetrar en ellos. Dernburg dirigió personalmente los trabajos de salvamento, y como de costumbre, guiaba á su gente con órdenes breves, con simples signos, obedeciéndole todos puntual y rápidamente como en otros tiempos.

También Oscar de Wildenrod se mostraba infatigable; no preguntó si tenía derecho á hacer lo que hacía, sino que se lo tomó sin consultar con nadie y acudía adonde era necesario. Pero por más que todos trabajaban desesperadamente, por más que las bombas arrojaran torrentes de agua, el incendio en vez de disminuir aumentaba poderosamente, favorecido por el viento. Todas las fatigas, todos los esfuerzos

eran inútiles: gigantescas lenguas de fuego salían por las ventanas, invadían las paredes, se abrían paso por el techo y se lanzaban hacia el cielo. El viento transportaba las chispas y las dejaba caer aquí y allí propagando el fuego. La gente trabajaba sin descanso, dividida en secciones separadas, en los distintos centros del incendio; todos hacían milagros, pero sus esfuerzos de nada servían.

Wildenrod, separándose de uno de los grupos de bomberos, acercóse á Dernburg, que no se movía del puesto más importante.

- Todo es inútil, Sr. Dernburg, le dijo. El fuego no se domina. Vea, están amenazadas las fundiciones, y una vez invadidas éstas, todo está perdido. Habría sólo un medio de salvación, pero usted no quiere..., si se probase de abrir el gran depósito de la conducción de Radefeld...

- No, esto jamás..., costaría la vida del que lo in-



... dejóse caer de rodillas al lado del lecho, junto á la cabeza del herido (pág. 790)

- Sea lo que fuere, dijo, es preciso ir allí inmediatamente; con este viento tempestuoso los talleres corren enorme peligro.

- ¡Todo está perdido!, exclamó Dernburg con voz sombría.

- ¿Acaso no tenemos brazos para apagar el fuego? - Y nuestros trabajadores, nuestros bomberos..., indicó el viejo Mertens.

Una amarga carcajada de su amo le interrumpió. - ¡Mis obreros! Dejarán naturalmente que arda todo. ¡Sí, echad al vuelo las campanas, tocad las cornetas! Ninguno se moverá, nadie vendrá, ¡yo os lo aseguro! Se trata de mis talleres, y por tanto...

Un rumor extraño fué la respuesta á ese grito de desaliento: un coro de voces, de gritos, de ruidos de ruedas oyóse en lontananza, y por el extremo opuesto se vieron aparecer algunas luces. Un grupo de obreros, cubierta la cabeza con el casco y con el



tentara. Quizás habría alguien dispuesto, lo creo, porque en este momento esa gente haría cualquier sacrificio, pero no puedo aceptarlo: antes que sacrificar a un hombre, prefiero que arda todo.

Y volviéndose de espaldas, se acercó á dar órdenes á las bombas que con sus chorros colosales hacían nuevas tentativas.

— ¿Pero de veras... esta conducción de aguas?... preguntó ansiosamente Wildenrod al ingeniero cogiéndole por un brazo.

— Está muy cerca de los laminadores, y si hubiese sido posible abrir el gran depósito y el canal principal, el fuego habría podido ciertamente extinguirse; pero no se ha podido llegar hasta allí, porque el canal está...

— Sé dónde está, dijo Wildenrod interrumpiéndole; presencié las pruebas que se practicaron cuando terminaron las obras y he visto cómo se abre. ¿Y dice usted que el camino que allí conduce está impracticable?

— ¿Quién sabe? Tal vez ahora lo esté un poco menos..., por de pronto las bombas han abierto un poco de paso; pero el Sr. Dernburg tiene razón: la tentativa costaría vidas humanas. ¿Quién se atreve á acercarse á aquellas paredes incandescentes que de un momento á otro pueden derrumbarse? Y aun suponiendo que se lograra llegar hasta allí y dirigir la masa de agua del depósito hacia el lugar del incendio, ¿cómo volvería atrás quien tal hiciese? El vapor del agua lo ahogaría; nadie escaparía con vida.

— Lo importante es llegar vivo allí, murmuró Oscar con la mirada fija en el fuego que se propagaba.

El ingeniero le miró sorprendido; pero antes de que pudiera hacer ninguna observación, aproximóse el Sr. Dernburg.

— Señor ingeniero, dijo, haga el favor de encargarse del mando allá abajo; Winning no puede más.

El ingeniero se dispuso á obedecer al Sr. Dernburg, el cual lanzó una severa mirada al barón.

— ¿Qué hace usted aquí?, díjole en voz baja. Hay brazos bastantes para atender al fuego y no necesitamos su ayuda.

— ¿Quién sabe, sin embargo?, repuso Wildenrod con sonrisa extraña.

— No he querido desenmascararle delante de mi gente, dijo Dernburg acercándosele más; pero ahora le digo que este ya no es su puesto, Sr. Wildenrod. ¡Váyase usted!

Oscar sostuvo impávido la mirada amenazadora del anciano.

— ¡Sí, me voy!, dijo pausadamente. Salude á Maya... ¡y permítale que me llore!

Y volviendo la espalda desapareció entre la multitud.

Fué aquella una noche terrible para todo Odensberg. Las nubes teñidas de rojo por los resplandores del incendio, las masas de hombres que se movían incansante, febrilmente, un rumor de voces y de órdenes, el fragor de los chorros de agua..., era un espectáculo portentoso.

De pronto, vióse surgir de entre el fuego una imponente nube de vapor que sin cesar se agrandaba, dejando oír un extraño silbido. Las llamas, que parecían lamer el firmamento, se empequeñecieron de repente, dominadas por una fuerza misteriosa... El vapor y el ruido sordo hacíanse cada vez más intensos y en cambio el incendio disminuía visiblemente.

Todos miraban aquello inmóviles, sin comprender; todos hacían mil suposiciones; pero Dernburg halló la solución del misterio.

— ¡Está abierto el acueducto de Radefeld!, exclamó. El agua viene de allí... Tal vez se ha roto el canal principal y el fuego ha hecho saltar las compuertas... Pero ¿qué importa? ¡Es la salvación!

Mudos, casi sin respirar, seguían todos la lucha entre los dos elementos; pero pronto venció la fuerza del agua. Fué una verdadera inundación que lo invadió todo, y muy pronto no se vió más que alguna rara lengua de fuego que salía del techo, como último hálito de aquel incendio terrible, inolvidable. Volvieron á funcionar las bombas para apagar aquellas últimas llamas, y las paredes del edificio principal se derrumbaron con estrépito. Había pasado el peligro; el incendio estaba dominado.

— Ha sido un verdadero milagro, dijo Dernburg volviéndose á sus empleados. La rotura del canal en este instante, más que una casualidad, ha sido...

— Ha sido una mano de hombre, exclamó el ingeniero con acento extraño.

Dernburg se volvió rápidamente y le miró sorprendido.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Digo que el barón de Wildenrod no parece por ninguna parte; y poco antes de que viéramos llegar

el agua, me habló de la probabilidad de abrir el acueducto é hizo una observación tan singular que me asustó. Pocos minutos después le vi dirigirse hacia aquel lado y desaparecer. Sr. Dernburg, no es la casualidad la que nos ha salvado...

Dernburg, extremadamente pálido, recordaba las últimas palabras de Oscar, cuyo sentido comprendía ahora.

— ¡Oh, Dios mío!, exclamó. ¡Vamos, vamos en seguida á ver si es posible...!

— ¡Imposible!, dijo conmovido el director. Es humanamente imposible. Entre aquellos humeantes escombros no es posible permanecer vivo.

Tenía razón. Dernburg lo comprendió así y se cubrió los ojos con las manos. No cabía duda: el hombre que había querido conquistar Odensberg á toda costa, había dado ahora su vida para salvar á Odensberg.

Aun después de dominado el incendio fué preciso trabajar algunas horas, extinguendo los millares de focos que el viento había formado al esparcir las chispas, aislando los más pequeños centros donde todavía quedaba algún rescoldo y deteniendo el curso de las aguas.

Era ya bien entrado el día cuando se pudo despedir á los trabajadores, si bien conservando un número de personas suficientes para hacer guardia. Todos habían rivalizado en valor y en infatigabilidad; y ahora todos estaban agrupados, con los rostros ennegrecidos por el humo, las ropas empapadas en agua, extenuados por tan largo trabajo. Estaban todos reunidos cuando el Sr. Dernburg se adelantó bajo sus miradas interrogadoras y habló con acento emocionado, pero enérgico.

— ¡Hijos míos, gracias! Lo que habéis hecho esta noche no lo olvidaré jamás. Os habíais negado á trabajar por Odensberg y yo os había prohibido reanudar los trabajos... Ahora habéis trabajado por mí, por mi Odensberg, y me parece, por consiguiente...

Al llegar aquí se detuvo porque le faltaba la voz. Tendió entonces las manos á los dos obreros que estaban más cerca de él y añadió:

— ...Me parece, por consiguiente, que podremos continuar viviendo juntos, y juntos seguir trabajando, como venimos haciéndolo desde hace treinta años, por nuestro Odensberg.

Y con los alegres «vivas» que de todos lados respondieron á aquellas palabras, quedó terminada la rebelión.

## XXVIII

Más de dos años han transcurrido desde aquella noche terrible en que estallara el incendio en Odensberg amenazando destruirlo todo, y de aquellos escombros, de aquellas cenizas ha salido una nueva vida y surgido nuevos acontecimientos.

Al día siguiente al del fuego, fué encontrado junto al depósito del agua de Radefeld el cadáver de Oscar de Wildenrod, cuya acción heroica había entusiasmado y conmovido á todos. Sólo Dernburg, Egberto y algunas pocas personas más, que estaban en el secreto, comprendieron que con aquel sacrificio voluntario había querido poner término, rehabilitándola, á una existencia culpable; para todos los demás, la memoria del barón fué siempre pura y sagrada como la de un heroico bienhechor, y su cadáver tuvo honrosa sepultura entre los cipreses del parque de Odensberg.

La opinión general de que el incendio había sido intencionado no halló pruebas en que apoyarse, bien es verdad que nadie se cuidó de buscarlas. Fallner, sobre quien recaían todas las sospechas, había salido de Alemania para substraerse á la acción de la justicia, que le perseguía por haber herido á Runeck; y el Sr. Dernburg, harto apesadumbrado ya por lo que se habló de aquellos dolorosos sucesos, prefirió darlo todo al olvido y no turbar con recuerdos amargos las afectuosas relaciones que volvían á existir entre él y sus obreros.

Runeck, desde el lecho del dolor, había enviado su dimisión á su partido; aun sin aquella herida grave que durante tantas semanas le tuvo en cama y que por espacio de tantos meses le impidió dedicarse á toda ocupación seria, su decisión era inevitable. El lazo que le unía á sus antiguos amigos hacía tiempo que era sólo aparente: las esperanzas por ambas partes concebidas habíanse desvanecido, y el rompimiento, no sólo estaba previsto, sino que además era esperado.

Vacante el puesto de diputado, las nuevas elecciones tuvieron el resultado que era de suponer: Everardo Dernburg fué elegido por gran mayoría. La reconciliación entre el amo y los obreros era completa.

Egberto, cuando se hubo restablecido, partió de Odensberg y estuvo fuera mucho tiempo; lo mismo él que Dernburg comprendían que era preciso dejar un intervalo entre el porvenir que aún les esperaba y el pasado lleno de aventuras, y que había de dejarse tiempo á la cicatrización completa de las heridas morales. El joven ingeniero pasó más de un año en América, donde tanto tenía que admirar y que aprender: allí pudo completar sus estudios comenzados en Inglaterra, y trabajó con una asuidad y una afición que sólo podían inspirarle los dolores del pasado y las esperanzas del porvenir. Por fin llegó el suspirado día en que Runeck pudo regresar á Europa, para conquistar aquella felicidad que le había sido ofrecida cuando parecía muerta ya para él la dicha terrena.

En un tranquilo rincón de Suiza, entre bosques y á orillas de un lago azul, vivían hacia algunos meses Cecilia y Maya: una grave enfermedad cerebral había atacado á la pobre niña la misma noche en que abrazada á su padre; había oído condenar irremisiblemente por los propios labios de éste al hombre amado, y durante varios meses vivió sin conciencia de cuanto le rodeaba.

Cuando al fin la enfermedad fué dominada y la joven recobró la razón, los médicos aconsejaron como único remedio, para vencer el estado de indiferencia en que había quedado, hacerla viajar con calma, á pequeñas jornadas, escogiendo con prudencia los lugares y prefiriendo siempre los más tranquilos. La tía Ringstedt se unió á las dos jóvenes para acompañarlas en su peregrinación, y el señor Dernburg, que no podía alejarse por mucho tiempo de sus trabajos, hacía frecuentes visitas á aquellos seres tan queridos en los distintos puntos en donde se detenían. Cecilia, que tanto había viajado, disponía el itinerario, huyendo siempre de los sitios en donde había estado en otras épocas y en otras condiciones. Maya, al principio, dejábase llevar como un ser inanimado, sin experimentar placer alguno, sin interesarse por nada, indiferente á todo; pero poco á poco la naturaleza comenzó á recobrar sus derechos, y aquella joven que jamás había salido de la casa paterna, comenzó á sentir la influencia de sus diez y nueve años y á mirar con interés el mundo nuevo que la rodeaba. Y cuando en aquella apacible aldea situada junto al lago azul se hubo celebrado el matrimonio de Egberto y Cecilia y los novios partieron para un largo viaje de boda, Dernburg, que había ido allí para hacer las veces de padre de su amada nuera, regresó luego á Odensberg, acompañado de una Maya seria, reflexiva, triste, pero curada.

Esperábase la llegada de los esposos Runeck, y la señora Hagenbach había ido á casa de Dernburg para recibir á Cecilia, por la cual sentía gran cariño á consecuencia de los últimos borrascosos acontecimientos de Odensberg y de la trágica novela de sus amores. La señora Hagenbach estaba desconocida; aquella solterona enfermiza, tímida, nerviosa, había se transformado en una señora guapa, rozagante, alegre y simpática; el doctor, aun después de convertirse en marido, había conservado su autoridad de médico y curado completamente de los nervios á su mujer.

Estando sola en un saloncito la señora Hagenbach, abrióse la puerta y entró apresuradamente el doctor; también él estaba perfectamente, gozaba de buen humor y había adquirido una elegancia en el vestir y en sus maneras que realmente maravillaba.

— He venido, Leonia, para decirte que he de visitar todavía á un enfermo; pero cuando lleguen los Runeck, ya estaré de vuelta.

— Tienes tiempo, porque llegarán á las dos, respondió la esposa.

Y luego, dulcificando aún más la voz, añadió: — A propósito, Hugo mío, ¿te has acordado de Dagoberto?

El doctor púsose repentinamente serio, y con acento un tanto brusco respondió:

— No tengo para qué acordarme de él, querida Leonia, y no pienso ciertamente enviarle los trescientos marcos que pide con tanta insistencia. ¡Que se las arregle con la pensión que le tengo señalada!

— Pero, hombre, no se trata de una cantidad considerable; y además, ningún motivo de queja tienes contra Dagoberto: ¡pobre chico!, estudia, trabaja y nos escribe á menudo.

— Te hace la corte en prosa y en verso. ¿Cómo quieres que tome en serio á un muchacho que, cuando le participé nuestra boda, me contestó que le había inferido una herida mortal en el traicionado corazón?... Pero la herida mortal no le impide ampararse en su tía para lograr cuanto quiere de mí, del traidor. Y lo peor del caso, añadió sonriendo, es que la señora tía se pone siempre de parte del traicionado.



Luego, formalizándose de nuevo, exclamó:  
- Pero esta vez nada ha de conseguir. ¡Ea, se acabó! No tendrá el dinero y ¡basta!

Leonia se echó a reír con expresión burlona, y dándole un golpecito en el hombro, mudó de conversación.

- ¿No sabes? Hoy, además de nosotros dos, habrá otro invitado. Vendrá también el conde de Eckardstein.

- Hagamos votos porque sea un buen augurio y porque pronto tengamos una boda y porque en seguida entre en Eckardstein una bella condesa.

Leonia movió ligeramente la cabeza con ademán de duda.

- ¡Ay, no lo creo! A lo menos por ahora. El señor Dernburg no desea otra cosa, bien lo sabemos y lo vemos todos; pero Maya se muestra tan fría, tan tímida y reservada.

- ¿Pero porqué? ¿Pretende acaso pasarse la vida llorando á aquel novio? ¡Diantre! ¡Si entonces era una niña!

- Y sin embargo, estuvo á las puertas de la muerte.

- Tienes razón. ¡Qué tiempos aquellos!, exclamó el doctor: de una parte Egberto Runeck, que durante tantas semanas estuvo si se muere ó no se muere; por otra, esa niña que parecía, si no quererse morir, por lo menos volverse loca; y para completar el cuadro, un día viene Cecilia y me dice que si no le salvo á su Egberto, también ella quiere morir... ¡Ah, qué tiempos! No puede decirse que nuestra boda haya sido alegre, ¿verdad? Pero gracias á Dios el matrimonio ha sido más afortunado, añadió el doctor abrazando á su esposa. Y ahora voy á dar una vuelta á casa. ¿Se te ofrece algo?

- Oye; ya que envías al cochero á la estación, manda también la libranza.

- ¿Qué libranza?

- Los trescientos marcos para Dagoberto; he dejado la carta preparada sobre el escritorio, y si das el dinero, ya está hecho todo.

- Pero, Leonia, ¿qué manía es la tuya? Ya te he dicho y te repito...

Mas no pudo proseguir, porque su mujer le puso las manos sobre los hombros, le miró cariñosamente y le dijo con una sonrisa peculiar suya:

- ¡Has dicho!.. ¡Tantas cosas has dicho que no piensas! Te sabe mal mostrar prontamente la bondad de tu corazón, y aunque hace rato que estás resuelto á enviar el dinero al pobre muchacho...

- ¡Si no he pensado siquiera en tal cosa!, gritó el doctor.

- Sí que has pensado; á mí no me lo puedes ocultar. Te conozco y sé que te figuras que cediendo en seguida pierdes autoridad á los ojos del muchacho y por esto he pensado en ello y he escrito lo conveniente á Dagoberto; pero la buena acción, como siempre, eres tú el que la realiza, Hugo mío.

«Hugo mío» estaba acostumbrado, desde que se casó, á que nadie le contradijera y á hacer su voluntad; así se lo decía diariamente su esposa y él estaba convencido de ello. Pero en Odensberg todo el mundo opinaba de distinto modo y decía que la señora Hagenbach hacía cuanto se le antojaba. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que aquel mismo día salió la libranza para Dagoberto.

En el gran salón, completamente renovado y lleno con los mil recuerdos de los viajes de Maya, estaba ésta sentada junto á una ventana teniendo á Puck á sus pies. El perro se había vuelto más razonable y reposado, había perdido sus ademanes desgarrados y disfrutaba en paz de la calma en que su amita le dejaba. Maya seguía teniéndolo siempre consigo y acariciándolo siempre; pero aquel bromear continuo de otros días había pasado hacia tiempo, lo cual nada tenía de extraño, porque su ama no era ya la niña Maya de tres años atrás y casi parecía imposible que aquella graciosa muchacha juguetona, toda viveza y animación, con la sonrisa en los labios y los ojos radiantes de alegría, se hubiese transformado en la joven alta, digna, bellísima, llena de gracia, pero grave, pensativa, con una expresión casi de tristeza en aquellos ojos grandes y profundos.

Todo callaba á su alrededor y Maya estaba sentada en el alto sillón medioeval, con un libro abierto sobre las rodillas, pero apoyada en el respaldo como si durmiera, cuando se abrió una puerta y entró el Sr. Dernburg. No podía decirse que aquellos últimos años hubieran envejecido gran cosa al vigoroso trabajador; sólo los cabellos se le habían puesto completamente canos; en lo demás, se conservaba fuerte, robusto como en otro tiempo.

- ¿Qué haces aquí sola sin distraerte en nada?, preguntó el padre acercándose á Maya.

- He leído para entretenerme mientras espero á Cecilia y á Runeck.

- Pero aún falta una hora para que lleguen... En mi despacho está Eckardstein.

- Le he visto llegar. ¿Por qué no ha venido aquí?

- Porque hoy no se atreve y ha querido enviarme como parlamentario. Hemos tenido una larga conversación... ¿He de decirte lo que hemos hablado, ó ya lo adivinas?

Maya se había puesto en pie y miraba á su padre conmovida, agitada.

- Papá, ¿no puedes ahorrarme este paso?

- No, hija mía, respondió Dernburg gravemente. Esta vez Víctor está resuelto á salir de la incertidumbre, y por esto será preciso que le oigas. Me ha suplicado que interceda por él, y he accedido á su ruego porque le debía esta compensación de un pasado agravio. Hace cuatro años Víctor te amaba ya y quería pedir tu mano, pero no llegó á formular su petición... Creí ver en su amor el cálculo de un oficial arruinado, y así se lo hice comprender con gran dureza... ¡Me equivoqué! Ahora ha demostrado cuán honrado, profundo y constante es su amor, y yo me consideraría dichoso si pudiera recompensarle confiándole la felicidad de mi Maya.

- Mira, papá; ahora soy feliz, y esta existencia contigo siempre, trabajando, ocupándome de tus obreros, de nuestros pobres, me gusta y... no me siento con valor para cambiarla. ¿No me quieres á tu lado?, preguntó arrojándose en brazos de su padre.

- Pero si aun después de casada estarás siempre cerca de mí: viviréis en Eckardstein y allí no te faltarán ocupaciones en que distraerte. La condesa, la santa madre de Víctor, murió hace muchos años, y por esta razón la nueva señora tendrá un campo vastísimo en que emplear el tiempo, el pensamiento y el corazón. ¡Eckardstein está tan cerca de Odensberg!

Maya movía la cabeza.

- No sé; me falta valor..., me parece, añadió juntando las manos, que no puedo ser feliz con nadie sino contigo... Siento que en mí se ha despedazado algo.

- Hija mía, repuso Dernburg con expresión profunda, Dios nos ha puesto á todos en el mundo señalándonos una misión especial, por más que ésta no aparezca claramente definida ante nuestros ojos; y los deberes, la senda que Él nos traza, no podemos evitarlos ni rechazarlos. No es un deber, si quieres, ser feliz; pero lo es hacer felices á los que están cerca de nosotros. Víctor sabe todo lo que ha ocurrido y no te pide el amor apasionado que sentiste por Oscar; pero tú eres necesaria á su felicidad, y su profundo afecto, su rara constancia, merecen que por él te libres del recuerdo del pasado. Maya mía, piensa que no quiero obligarte; he querido explicarte únicamente que no se debe rechazar el bien que Dios nos envía; acuérdate de que vivir para los demás es una dicha.

Maya no contestó, y dos gruesas lágrimas cayeron sobre el ramo de violetas que llevaba prendido al pecho.

- Maya, ¿qué debo decirle á Víctor?, murmuró Dernburg.

- Dile... ¡que le esperol, respondió la joven ruborizándose.

- ¡Bendita seas, hija mía!, exclamó su padre estrechándola entre sus brazos y besándola con ternura. ¡Verás cómo Dios te bendice!

Cinco minutos después entraba Víctor solo, serio, grave, presa de una agitación que inspiraba lástima. Aproximóse á Maya, que estaba de pie, apoyada en la ventana, con los ojos bajos y con el rostro tan blanco como su vestido.

- Me ha dicho su padre que la encontraría sola, y he venido..., porque tengo que decirle tantas cosas..., pero no sé si querrá escucharme.

Maya se ruborizó ligeramente é hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Aquello pareció animar al conde, el cual, con voz menos vacilante, siguió diciendo:

- Me ha costado mucho dirigir mis súplicas y expresar mis ruegos á otra persona, aun tratándose de su padre de usted... Pero me ha tratado usted siempre con tanta indiferencia, Maya, me ha animado usted tan poco, que no me atreví á exponerle directamente la petición de la cual depende la felicidad de mi vida. Y aun ahora mismo, comprendo que necesitaría de alguien que abogase por mí.

- No quería ciertamente disgustarle, Víctor, dijo Maya sin mirarle, pero tendiéndole la mano, que él cogió inmediatamente entre las suyas.

- ¡Me ha hecho usted tanto daño con su indiferencia en estos últimos meses!, repuso Víctor con acento de reproche. Y yo en cambio, ¡cuántos años hace que siento este amor en mi corazón! Desde el momento en que encontré en la cabaña al hombre

del bosque, desde el instante en que de la capuchita gris surgió la carita de mi compañera de infancia, desde aquel día supe dónde estaría para mí la felicidad de toda mi vida.

- ¡Ah, Víctor!, exclamó Maya. La Maya de aquellos tiempos ha muerto. A veces me pregunto si soy la misma criatura de entonces, y me encuentro tan cambiada, que comprendo que no tengo el derecho de aspirar á una vida dichosa como aquel cuya existencia nada ha turbado... Me figuro que nunca podré ser feliz ni hacer feliz á nadie...

- Te figuras..., pero ¡pruébalo, Maya mía! Te quiero con toda mi alma, sobre todo lo del mundo, y no habrá para mí mayor felicidad que compensarte de todo cuanto has sufrido, consagrándote mi amor, mi veneración... ¿Estás cambiada? ¿Eres otra criatura? ¡Corriente! Quiere decir que esta nueva Maya habrá venido para mí, para mí solo... ¡Ven! Ocuparás el puesto de aquel ángel que fué mi santa madre, y ella desde el cielo será dichosa viéndote en su lugar y te bendecirá..., y yo seré feliz y yo te querré tanto, te tendré siempre cerca de tu padre... y poco á poco tú también me querrás... y aun me quieres ya un poco ahora, ¿no es cierto?, añadió atrayéndola hacia sí. ¿Me querrás como á un hermano?

No eran estas las frases ardientes que en otra ocasión había escuchado; no era el acento de avasalladora pasión que en otro tiempo la conturbó y subyugó; pero eran la expresión leal de un amor tan verdadero y tan profundo, que despertaron en Maya aquel sentimiento de cariño dulcísimo, sereno, fiel, que por su amigo de infancia había llevado inconscientemente siempre como en germen en su corazón y que en estos últimos años se había adormecido.

- Como á un hermano te quiero desde hace mucho tiempo, murmuró Maya ocultando su rostro en el hombro de Víctor; y precisamente porque te quiero, creo que merecías algo mejor que yo.

Víctor lanzó una exclamación de felicidad, y estrechando á la joven sobre su pecho y cogiéndole el rostro con las manos, se lo besó con tanta reverencia como si se tratase de una cosa santa, y luego, vencido por la emoción, se arrojó ante ella, y sollozando escondió la cabeza entre los pliegues de su vestido.

Aquella escena conmovedora fué de pronto interrumpida por Puck, que al ver á su amigo en aquella postura, comenzó á saltar á su alrededor, contento y con ladridos de alegría. Víctor entonces se levantó, riendo conmovido, y ciñendo con su brazo el talle de su novia, díjole al oído:

- ¡Dios te bendiga por la felicidad que me proporcionas!

Y atravesando lentamente el salón con ella, la condujo al despacho del Sr. Dernburg.

Pronto se esparció por toda la casa la noticia del noviazgo de Maya y de Víctor, y tales fueron el placer y la confusión que causó, que nadie se cuidó de estar atento á la llegada de los esposos Runeck.

El coche que á éstos conducía se encontraba ya en la altura desde donde se dominaba todo Odensberg antes de comenzar el descenso hacia el valle. Odensberg entre sus montes de abetos era imponente. Los laminadores habían sido reedificados y ensanchados; habíanse además construido otros edificios y otras dependencias, y todos los trabajos de las minas proseguían aún con mayor actividad que antes.

La joven esposa, que vestía un sencillo traje gris y en cuyo rostro se reflejaba una expresión grave, dulce y bondadosa, se asomó al coche abierto para mirar el sitio en donde se ocultaba entre árboles la casa de Dernburg, y luego se aproximó más á su marido.

El contraste entre la joven delicada, de suave y bondadoso aspecto, con el hombre severo que estaba á su lado, era extraordinario. Egberto Runeck conservaba aquel aire altivo, imponente, del hombre de acción y de pensamiento; pero también en él se había verificado una transformación. Había cambiado la expresión de sus ojos que se abrían debajo de aquella frente ancha, bellísima: una luz serena, ardiente, los animaba, y no era difícil comprender de dónde dimanaba aquella luz.

- Mira nuestra casa, Cecilia mía, dijo Egberto señalando al valle. Odensberg nunca te ha gustado, y ahora..., ¿podrás vivir allí sin repugnancia?

- ¡Contigo!.. ¿Y me lo preguntas?, exclamó la joven en tono de reproche.

- Sí, con tu Egberto, que cuando habrá de trabajar no podrá estar á tu lado como en estos últimos meses. Hemos vivido como en sueños, como en una leyenda de hadas, ¿no es verdad, amor mío? Pero ahora vendrá el tiempo del trabajo y tendré que dejarte á menudo, aunque teniéndote siempre



en mi corazón como si junto á ti estuviera. Pero ¿te resignarás? ¿Te adaptarás á esta nueva existencia? Has vivido siempre apartada de la vida del trabajo, de la vida monótona...

Y diciendo esto, miraba inquieto á su joven esposa; pero la límpida sonrisa y la mirada serena y radiante de Cecilia le tranquilizaron.

— Aprenderé á compartir tus deberes y tus trabajos, viviré de tu vida, Egberto mío; esto es lo que haré y lo que constituirá mi felicidad... Pero ¿qué sabes tú de leyendas, de sueños, de hadas? ¿Dónde has aprendido á conocerlos?

Los ojos de Runeck recorrieron todo el valle y los montes, y se fijaron en la puntiaguda roca que se destacaba sobre el azul del firmamento, coronada por la cruz colosal del Albenstein.

— ¡Allí!, murmuró. Cuando el bosque susurraba en torno nuestro y hasta nosotros llegaban los tañidos de las campanas del valle. Fué una hora tremenda..., ¡pobre esposa mía! Era cruel lo que creía mi deber, y el amor que sentía y que quería sofocar me hizo ser implacable...

— ¡Pobre Oscar!, exclamó Cecilia. Si cometió culpas, supo rescatarlas con aquella muerte de héroe... ¡Cuánto le debe Odensberg!

— ¡Le debe la salvación!, dijo Egberto gravemente. Y oprimiendo con el brazo la mano de su esposa, permanecieron ambos largo rato silenciosos.

— ¿Te acuerdas todavía de la leyenda de la varita mágica?, dijo de pronto Egberto inclinándose sobre el oído de Cecilia.

— ¡Que sí me acuerdo!.. Y también recuerdo con cuánta dureza me dijiste aquel día: «El abismo está vacío y mudo; ya no hay tesoros escondidos.» Y ahora...

— Ahora soy yo el dueño de la varita mágica, dijo Egberto hundiendo su mirada en los ojos oscuros de su esposa, humedecidos por las lágrimas. En aquella hora misma te conquisté, tesoro precioso, y se cumplió la profecía de la leyenda:

Y arranca del abismo que lo encierra  
El cofre que contiene gemas y oro.  
¡Rindióse á su poder la avara tierra!  
¡A él solo pertenece aquel tesoro!

Algunas horas después, Cecilia, Maya y Víctor

salían á pasear por el jardín, que el Sr. Dernburg había recientemente embellecido con magníficas plantas. Los esposos Hagenbach hacían compañía á la anciana tía Ringstedt, y el Sr. Dernburg y Runeck se paseaban fumando por la terraza.

— Has llegado muy oportunamente, Egberto; el director está malucho y no puede ocuparse en nada. Hace tiempo que quiere marcharse, pero he logrado que esperase tu regreso para que ocuparas su puesto y asumieras toda la dirección. No puedo expresarte cuán contento estoy de volver á tener en casa á Cecilia; la echaba muy de menos, y ahora que Maya me dejará, ¿cómo me habría quedado? Víctor parece loco de felicidad, y habla de casarse dentro de dos meses ó de uno.

— Maya está realmente bien, dijo Egberto, pero la encuentro todavía demasiado seria.

— Las nubes del pasado arrojan aún sobre ella una sombra; pero el recuerdo de Oscar no es ya para ella una pesadilla, y... estoy seguro de no equivocarme pensando que siente por Víctor un afecto sólido...

— Y Víctor con su amor le hará la existencia bella y dulce y le dará la felicidad que merece, añadió Egberto sonriendo.

— Tengo de ello la certeza: Víctor es lo mejor que yo podía desear, desde el momento en que aquel en quien yo había soñado para Maya ha querido ser independiente hasta en amor, replicó Dernburg lanzando una mirada burlona á Egberto.

Y cogiendo luego del brazo al joven ingeniero, dijo: — En medio de mis desventuras, doy gracias á Dios por no haberte perdido; te has casado con mi hija adoptiva, y por consiguiente eres como hijo mío.

— Sí, repuso Egberto hondamente conmovido. Jamás te he demostrado mi agradecimiento, mi cariño y aun he luchado abiertamente contra ti; pero créeme, para mí fué el mayor sufrimiento. Y ahora toda mi energía, mi vida entera, os pertenecen á ti y á tu Odensberg.

— Y que son muy necesarias, porque á veces siento que me pesan los años, que me faltan las fuerzas... ¿quién sabe cuánto tiempo las conservaré? En tanto, ponte á mi lado, y creo que en el terreno del trabajo veremos desaparecer las diferencias que to-

davía nos separan. Ya hablamos de esto cuando volviste de América.

Los ojos de Egberto, leales y resueltos, se encontraron con los de Dernburg.

— Sí, y ya entonces te dije lo que ahora te repito: me caso con tu hija adoptiva, y por el corazón me convierto en verdadero hijo tuyo y como hijo te consagro mi trabajo; pero no quiero de ti otra recompensa material que la que es debida á tu empleado; en punto á emolumentos, soy el director de las minas y no tu hijo.

— ¡Está bien, cabeza de acero!, exclamó Dernburg riendo. He dotado á Cecilia ante la ley, y esto no puedes deshacerlo; sé tú director, como quieres.

— Otra declaración te hice á mi regreso de América, dijo Egberto después de una pausa, y te la repito, porque la considero como un deber para mí en el momento de encargarme de la dirección de tus minas. Me he librado para siempre de mi antiguo partido, pero no he renunciado á cuanto tiene de grande y noble el movimiento que tiende á mejorar la condición de las clases pobres; y esta causa la patrocinaré y la defenderé, mientras viva.

— Lo sé, repuso Dernburg estrechándole la mano. También yo te comprendo ahora mejor: ya no soy el hombre de hierro de otros tiempos, y encuentro justo que de nosotros, los propietarios, salgan las ideas de innovaciones y mejoras; pero soy ya viejo para asociarme de repente á estas nuevas teorías, y aunque para mis tiempos no creo haber desatendido á los que de mí han dependido, no sabría ahora juzgar exactamente, con imparcialidad, las medidas necesarias, y no tendría fuerzas para luchar contra quienes tratan, no de mejorar á una clase, sino de destruir el estado de cosas existentes en provecho propio... Pláceme, por consiguiente, tener á mi lado una inteligencia joven, vigorosa, que ha crecido en el presente y para el presente. Tú, marcha lentamente; yo te seguiré hasta donde pueda, cooperando, hasta bendiciendo cuanto hagas para interesar á la sociedad en el mejoramiento general de los maltratados por la fortuna, y... cuando yo ya no estaré y el movimiento justo y noble se habrá hecho general, entonces avanza valientemente..., ¡la vía está libre!

FIN

## FEDERICO ALFREDO KRUPP

Pocas veces ó nunca la muerte de un personaje sin carácter alguno oficial ha producido la impresión que el repentino fallecimiento de Federico Alfredo



FEDERICO ALFREDO KRUPP  
fallecido en Essen en 22 de noviembre último

Krupp, acaecido en Essen en 22 de noviembre último. Según la prensa alemana, Krupp ha muerto víctima de las intrigas políticas, de los injustos ataques de los socialistas, sus enemigos eternos é implacables: tiempo hacía que sufría una enfermedad del corazón, y cuantos le rodeaban procuraban evitarle toda suerte de contrariedades y de emociones funestas, cuando el periódico *Vorwaerts*, órgano de la extrema izquierda, comenzó contra él una violenta é inicua campaña de calumnias, que amargó y puso rápido término á la existencia de ese hombre ilustre que tanto hizo por el bienestar de sus innumerables obreros.

«La Providencia puso al Consejero privado Krupp al frente de una empresa que, traspasando las fronteras de la patria, ha adquirido una importancia universal. Consideró como misión de su vida, no sólo conservar la obra que de su genial padre recibiera,

sino darle aún mayor desarrollo, conforme correspondía á la fama conquistada; y su nombre va íntimamente unido al desenvolvimiento de la industria del hierro, del armamento moderno, de las fortificaciones y de la moderna construcción naval.» Así dice el telegrama de pésame que el emperador Guillermo dirigió á la dirección de la fábrica, al tener noticia de aquella muerte, y las palabras del soberano constituyen la mejor biografía del gran industrial.

Pero Alfredo Krupp fué algo más que esto; fué un filántropo en toda la extensión de la palabra, el «filántropo artista», como con razón se le ha llamado, que, abandonando á menudo á los técnicos la dirección de su industria, ocupábase exclusivamente del personal de sus talleres. Ya en tiempo de su padre citábase como modelo las instituciones de patronato, de higiene, de ahorro, de enseñanza por él fundadas, y sobre todo las habitaciones obreras de Essen; Federico dióles aún mayor amplitud y bajo muchos conceptos las hizo más humanas. Es más: un día, al contemplar la tristeza de sus obreros ancianos, concibió una idea hermosa que sus millones y el buen gusto de su arquitecto Schmohl le permitieron realizar, y que se tradujo por la creación de la *Altenhof*, la aldea de los viejos, que constituye su mejor triunfo.

Desde 1861 venían trabajando los Krupp en la cuestión de viviendas para sus trabajadores, y gracias á sus incesantes esfuerzos, existían á fines de 1901, formando varias colonias, 4.274 casitas alegres, cómodas, higiénicas y todas con su jardincito, en las cuales vivían por un módico alquiler 8.212 familias obreras. Aquellas construcciones costaron veinte millones de francos, sin contar el valor del terreno.

Altenhof, la aldea de los viejos, situada á una hora de Essen, al pie de las colinas que descienden hasta el Ruhr, consta de unas 200 casas, todas de diferente arquitectura y distintamente orientadas, que se levantan entre sinuosas alamedas y lindos jardines. Hay en ella dos capillas, la católica y la protestante, y una plaza central con un grupo escultórico que representa á un herrero alzando entre sus robustos brazos el cuerpo desnudo de un niño y teniendo una niña abrazada á sus rodillas.

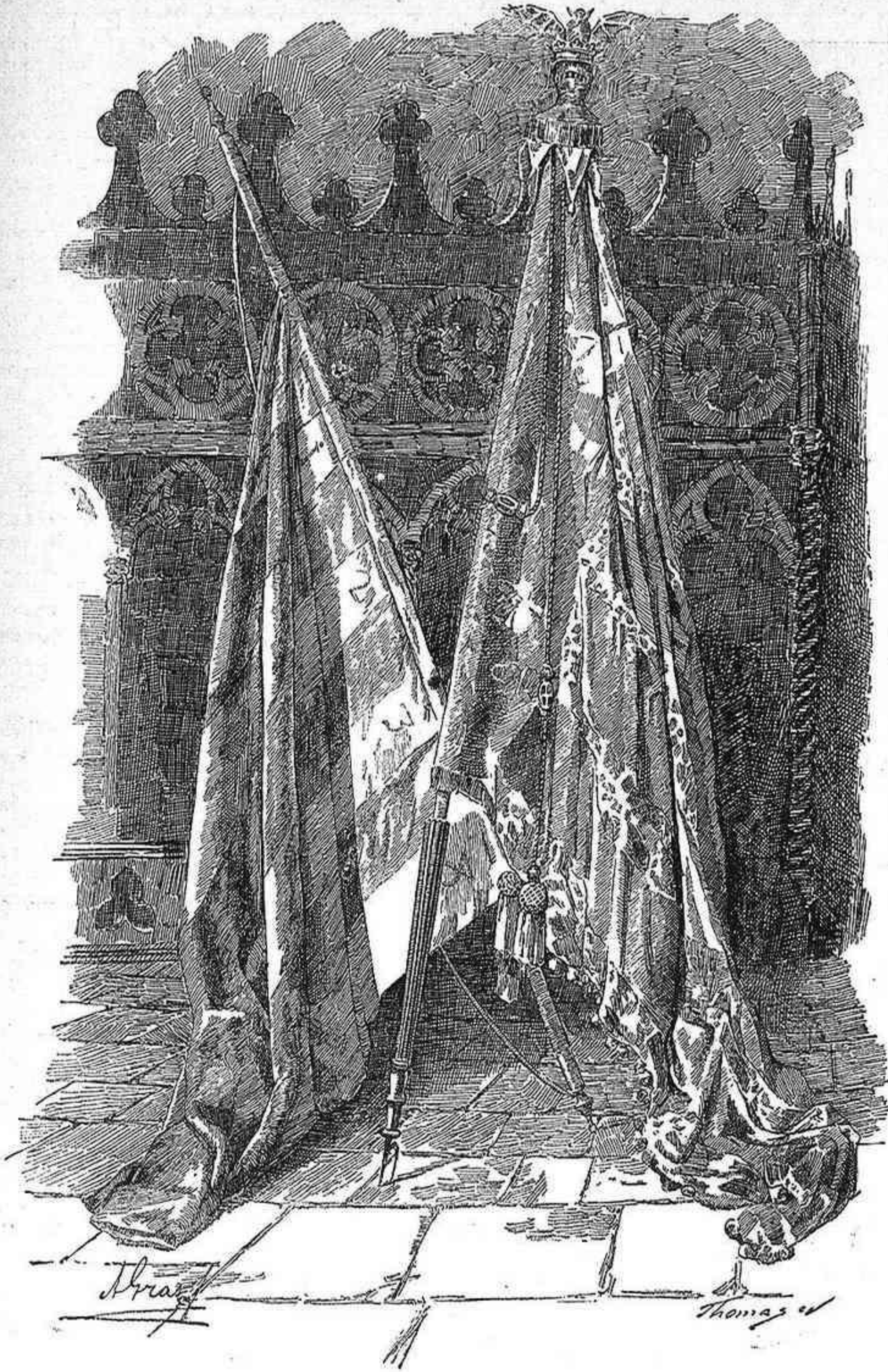
Los ancianos que en Altenhof viven están pensio-

nados con 85 francos al mes. El obrero de las fábricas de Krupp, á cambio de una pequeña cuota mensual, tiene derecho, á los veinte años de servicio, á una pensión igual al 40 por 100 del salario anual medio que ganó durante los tres últimos años, pensión que con los años de servicio aumenta y á la que hay que añadir la mitad de la renta garantida á los inválidos por la ley imperial y los ahorros depositados en la caja de la fábrica, que les reducen un interés del 5 por 100. Esto aparte de los donativos importantísimos que para estas cajas de pensiones á inválidos, enfermos, etc., han hecho los Krupp en distintas ocasiones, y que ascendieron á cerca de cuatro millones y medio en el año 1900. Ahora mismo, la heredera de Federico Krupp ha regalado para estos fines dos millones y medio.

Las casas de Altenhof se conceden por el consejo de la caja de pensiones á los inválidos de mayores merecimientos y más pobres. De la imparcialidad con que se procede á estos repartos, así como de los cuidados y atenciones que á estos ancianos prodigan los Krupp, son elocuente prueba las siguientes palabras que de boca de uno de los habitantes de la aldea escuchó hace poco un cronista parisiense:

«Nuestro Sr. Krupp es algo más que un millonario. Hay aquí algunos que no le agradecen sus favores, y aun ha habido ochenta y siete que en las últimas elecciones votaron contra él y en pro del candidato ultramontano; pero esto únicamente demuestra que no le guía pasión ni prevención alguna cuando se trata de traernos aquí, sino que lo hace de corazón. Viene muy á menudo y pregunta por todos nosotros, y si le damos el tratamiento de «Señor consejero privado», nos dice: «Me han de llamar ustedes Sr. Krupp.» Y lo mismo su esposa; si la llamamos «Madame» nos contesta: «Digan ustedes *Frau Krupp* (señora Krupp), y no *Madame* como á las princesas.» Cuando se celebran aquí algunas bodas de oro, los dos esposos vienen y comen con nosotros; y cuanto más sencillamente se les trata, tanto más contentos están. Por Navidad nos hacen regalos: el año pasado nos regaló á nosotros tres botellas de vino italiano muy fuerte, una de ponche, diez quintales de carbón y salchichas. Estos buenos señores cuidan de nuestra ancianidad.» — R.





SENYERA DE VALENCIA Y PENDÓN DE LA CONQUISTA

# VALENCIA

POR DON TEODORO LLORENTE

Se ha publicado el tomo segundo y último de VALENCIA por D. Teodoro Llorente, libro que forma parte de la obra ESPAÑA, SUS MONUMENTOS Y ARTES y cuya publicación de dicho tomo ha estado interrumpida durante algunos años á consecuencia de los importantes trabajos de investigación que su autor ha realizado, gracias á los cuales el libro resulta bajo todos conceptos notable, concienzudo, completo, digno de la reputación del eminente literato valenciano.

En este segundo tomo se describen en otros tantos capítulos y con gran acopio de interesantísimos datos el Palacio del Real, la Casa de la Diputación del Reino, la Casa de la Ciudad, la Lonja de los Mercaderes, los hospitales y hospicios, la Universidad, el Museo de Pinturas, el teatro de Valencia, las fiestas, la transformación urbana de la ciudad, los alrededores, el campo de Liria, las montañas de Chelva, Chiva, Buñol, Requena, Utiel, la ribera del Júcar, Gandía, Játiva, el valle de Albaida, Denia y la Marina, Cocentaina, Alcoy, Jijona, Villena, Alicante, Elche y Orihuela. En todos estos capítulos imperan la verdad histórica y la imparcialidad más escrupulosas, y todos ellos se hallan amenizados con hermosas descripciones de costumbres populares, tradiciones, leyendas, etc.

Tratándose de un escritor tan universal y justamente renombrado, ocioso es encomiar las bellezas de estilo que avaloran el libro.

El tomo que nos ocupa va profusamente ilustrado con dibujos de J. J. Zapater, P. Llorente, A. Gras y V. Soriano, con una porción de vistas fotográficas y con varios cromos de J. J. Zapater.

Con la publicación del tomo segundo de VALENCIA queda completada la importantísima obra ESPAÑA. SUS MONUMENTOS Y ARTES. SU NATURALEZA É HISTORIA, que se halla en venta en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, Barcelona, adonde pueden dirigirse los suscriptores á quienes sólo se repartió hasta el pliego 48 de VALENCIA y que deseen tener completa la obra.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijan para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
 SOBERANO contra  
**ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN  
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN ÉXITO  
 MEDALLAS ORO y PLATA.  
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Glorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Exigir la Firma **WLINSI**.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**PÍLDORAS MOUSSETTE**  
 Neuralgias,  
 Jaqueca,  
 Ciática.  
 CLIN y COMAR — PARIS  
 En todas las Farmacias.  
 650

AVISO Á LAS SEÑORAS  
**EL ANIOL** DE LOS JORET-HONOLLE  
 CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

EDICION ILUSTRADA  
**DICCIONARIO ENCICLOPEDICO**  
 HISPANO-AMERICANO  
 MONTANER Y SIMÓN EDITORES

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.



LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

**SU CARO ENEMIGO**, por la Sra. Alexander. - El principal mérito de esta novela es el encanto con que la notable escritora inglesa ha sabido presentar un asunto sencillo inspirado en la vida ordinaria; sus páginas están arrancadas de la vida real, y en ellas no hay efectos rebuscados ni grandes conflictos pasionales. El libro, concienzudamente traducido por D. Alfredo Elías, ha sido publicado por la casa Appleton y C.ª, de Nueva York.

**UN CASO DE EPITELIOMA DE LA CARA CURADO CON LOS RAYOS ROENTGEN**, por C. Comas y A. Prió. - Los inteligentes y reputados médicos de esta ciudad, Sres Comas y Prió explican detalladamente en este folleto un caso notable de curación de un epiteloma, por ellos obtenida mediante la aplicación de los rayos Roentgen: es un trabajo médico en extremo interesante, en el que los autores demuestran sus conocimientos en la especialidad que con tanto éxito cultivan. El folleto, que contiene tres grabados, ha sido impreso por F. Badía en Barcelona.



La huída á Egipto, cuadro de Willy Spatz

**CARTA ABIERTA**, por José Sievert Jackson. - El distinguido médico mayor de la Armada Sr. Sievert Jackson estudia en este folleto el importante problema de la reorganización de la Marina de guerra, y después de rebatir los cargos que contra la misma se han dirigido, demuestra la necesidad de que España sea potencia naval para que vuelva á ocupar el rango que le corresponde en el concierto europeo.

**PEDAGOGÍA SOCIAL**, por la Sra. D.ª Suceso Luengo. - Conferencia dada por la Sra. Luengo, directora de la Escuela Normal Superior de Maestras, en la Sociedad de Ciencias de Málaga. Es un notable trabajo en el que la autora explica con elevado criterio y con abundantes y sólidas razones el verdadero concepto de la Pedagogía. El folleto ha sido impreso en Málaga en la tipografía de «El Cronista.»

**LA PULGA**. - Se ha publicado en Barcelona una lujosa y elegante edición del aplaudido y popular *couplet* de la zarzuela *La Pulga*, letra de Gonzalo Jover, música de E. Prat Pina, que se ha representado con éxito en muchos teatros de España. Precio, 1'75 pesetas.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5fr.  
**PUREZA DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EPIDERMIS ROJECES  
HOJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES et Cie B-St-Denis, 18

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable &  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**ENFERMEDADES**  
DEL  
**ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA VINO CLOROSIS  
**AROUD**  
CARNE - QUINA - HIERRO  
El más poderoso Regenerador.

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
PASTILLAS DE DETHAN  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca. Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**APIOLINA CHAPOTEAUT**  
**SALUD DE LAS SEÑORAS**  
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)  
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.  
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
prescrito por los Médicos en los casos de  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.  
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**  
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLOLE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN